





*Rubén Chacón V.*

*El  
discipulado  
de Jesús*

*Ediciones "Aguas Vivas"*

© 2009 por Rubén Chacón V.  
Registro de Propiedad Intelectual  
Inscripción N° 178.642  
ISBN: 978-956-319-835-5  
SANTIAGO - CHILE

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin la debida autorización del autor.  
La infracción se encuentra sancionada como delito  
contra la propiedad intelectual por la ley N° 17.336

2009 – Primera Edición

Diseño y Diagramación: Equipo «Aguas Vivas».

Impreso en Chile  
Printed in Chile

## DEDICATORIA

*A todos mis queridos hermanos que hasta el día de hoy han  
hecho de la derrota y el fracaso su experiencia más  
recurrente.*



## INDICE

Prólogo .....	9
Presentación .....	15
Introducción .....	17
El Fracaso .....	23
La Espera .....	79
La Victoria .....	103
Conclusión .....	137



## PROLOGO

El vocablo «discipulado», como no es un término que aparece en las Sagradas Escrituras, no es fácil ponerle una acepción bíblica que transmita el concepto completo: el proceso, la metodología y la meta u objetivo.

El diccionario de la Real Academia Española nos dice que el vocablo «discipulado» se deriva de la voz «*discipulâtus*» en latín, y que significa: **1. m.** Ejercicio y cualidad del discípulo de una escuela; **2. m.** Doctrina, enseñanza, educación; **3. m.** Conjunto de discípulos de una escuela o de un maestro. Parece una definición que sirve para la literatura no sagrada, mas es poco aplicable a la escuela de discipulado que se ve en la vida ejemplar de Jesús.

Además de la ambigüedad provocada por la ausencia de este vocablo en el Texto Sagrado, el uso de esta

palabra se ha masificado en los últimos años, adquiriendo una acepción distinta según el contexto en el cual se aplica. Más difícil, entonces, resulta formular una significación que nos acomode a todos. En cada ambiente religioso en el cual el término es aplicado, adquiere un entendimiento distinto. Para algunos es un estudio bíblico, para otros una sesión de terapia grupal. Para unos es consejería pastoral y para otros es una relación personal entre un guía espiritual y un individuo (discípulo) sujeto a su guía. Algunos tienen su enfoque en el proceso o metodología, mientras otros se fijan en los resultados deseados; otros, en cambio, se preocupan más por el contenido que se comparte. Raya para la suma: hay mucha confusión que se genera en la Iglesia en torno a este concepto tan usado y tan poco entendido.

Se aumenta más nuestra ignorancia del tema al hacer de nuestras tradiciones y las experiencias personales la fuente de revelación del «discipulado» y la base de nuestro diagnóstico. Hoy por hoy existe una práctica muy dañina en relación al «discipulado» que consiste en la tendencia de convertir las experiencias personales y las normas culturales en la base y la meta del proceso de la formación de vidas. Este terreno tan subjetivo y relativo agrega otro elemento de confusión y error al ya confuso proceso de hacer discípulos. Aplicando este criterio, el producto final no es un discípulo hecho a la imagen de Cristo, sino uno hecho a la imagen de aquel que lo discipula.

Aún más oscuro se pone el cuadro al añadir el elemento de las distintas motivaciones que se ven en la Iglesia en el momento de agregar un «programa de discipulado», a los ya numerosos programas que es-

tán ahogando la vida de los creyentes –la cual, supuestamente, es una vida de libertad en el Señor: «Tenemos que capacitar líderes: Empecemos un programa de discipulado». «Hay que comprometer a los hermanos: Hagamos un programa de discipulado». «Tenemos que crecer en número: Empecemos con el discipulado». «Se precisa más santidad en la vida de los hermanos: Probemos con un programa de discipulado». De esta manera el discipulado se convierte en un programa que, finalmente, no produce el resultado deseado y termina siendo insostenible ya que produce agobio y ahogamiento en vez de vida – vida abundante.

Pero, ¿qué dice el Maestro al respecto? Después de todo, con su vida y su enseñanza insuperables, sigue siendo el Maestro, sobre todo en esta materia del discipulado. Jesús es el Maestro Supremo. El problema que resulta al consultar al Maestro respecto al verdadero discipulado es que la aclaración que El nos da no es siempre atractiva ni para el mundo ni para la Iglesia. Aparte de no ser atractiva, con una frecuencia que asombra cuesta entender las respuestas que El nos ofrece. Un botón de muestra: «felices los que lloran». Si uno llora, a menos que sea por un motivo de gozo muy intenso, ¿no es porque está feliz! «Feliz aquel que no sabe de donde va a sacar para comer». «Feliz aquel que tiene todo el mundo en contra». «El que quiere salvar su vida la perderá». «Ve y vende todo lo que posees, regala las utilidades a los pobres, y ven y sígueme». Esto no se entiende a la primera pasada, ni a la segunda, porque la mente humana no entiende las cosas del Espíritu. De hecho, sin el curso del Espíritu Santo, las palabras del Maestro a menudo lo dejan a uno embarullado y perplejo.

Incomprensible se vuelve también para el alma si se considera que el requisito, el camino y la meta del verdadero discipulado es la Cruz. La muerte: el vaciarse, el renunciar a todo entendimiento partidista y personal, el reconocer la inhabilidad humana, su incapacidad total de hacer algo divino, celestial, espiritual, de Dios, es algo que cuesta –cuesta entenderlo y cuesta hacerlo– sobre todo en medio de una cosmovisión humanista en la cual estamos insertos. La cruda realidad es que aun tomando en cuenta toda nuestra sofisticación, conocimientos y auto-ayudas, nosotros no sabemos lo suficiente como para dirigir nuestras propias vidas. No tenemos ni la capacidad intelectual suficiente para entender ni el poder adecuado para hacer lo que solamente Dios puede hacer en nosotros. El sagrado Yo tiene que entregarse a la muerte para que el Divino Maestro puede hacer su trabajo tranquilamente.

Es probable que el texto que tienes en tus manos te provoque cierta incomodidad a la primera lectura. Sin embargo una revisión más profunda con una meditación detenida te mostrará que, en realidad, se precisa pasar por el mismo proceso que los primeros discípulos conocieron: el fracaso, la espera y la victoria. Aquel que quiere llegar a la satisfacción de la victoria sin saborear la desesperación del fracaso y la incertidumbre de la espera, va a intentar lograr la victoria con su fuerza y su entendimiento humanos. «Este atajo produce el fracaso total, absoluto e irremediable. Aquel que cede frente a la tentación de manejarse y formarse solo y por su propia cuenta, lo hace a un costo muy elevado para sí mismo».<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Eugene Peterson, «Eat this book», Wm. B. Eerdmans Publishing Co, Grand Rapids Michigan, p. 34.

Tal fue la experiencia del suscrito. Fueron años intentando entender y hacer la voluntad de Dios, con corazón sincero, a veces con mucho esfuerzo y a veces con poco, con un aciago resultado final. Al caer en la cuenta de la depravación en que vivía y con la impotencia de no poder salir de aquello, llegó la decepción, el desánimo, la desesperación y, por último, la depresión. El fracaso había hecho su santa y gloriosa obra. La espera de una resolución real que sigue al fracaso, aun cuando fue corto en términos cronológicos, se hizo largo debido al sufrimiento interno que padecía. Mas Dios, quien es rico en misericordia, quien nos amó con un amor eterno, envió a un hijo suyo, un hombre sabio, experimentado en el Espíritu, uno que amaba el discipulado y a su Maestro profundamente. Este hermano, que ya está en la presencia del Señor, insistía en que lo que me faltaba era la persona y la presencia del Espíritu Santo. Su primera intervención en mi vida no fue aplicar un proceso o programa de discipulado formal –aun cuando por cierto lo estaba haciendo de una manera informal e indirecta– sino recalcar la imperiosa necesidad de ser empapado e impactado con el Espíritu de Dios. Ciertamente él sabía, por sus años de experiencia y por revelación de Dios, que sin la persona, la presencia y el poder del Espíritu, ningún proceso de discipulado podría surtir efecto positivo alguno en la vida. La vida victoriosa comenzó el día cuando llegó el bendito Espíritu Santo de Dios a mi vida.

Conclusión: el verdadero discipulado sigue siendo la especialidad de Jesús, producido en nosotros por el Espíritu de Cristo. Es un proceso en el cual el candidato a discípulo es llevado a reconocer su incapacidad, su necesidad y su dependencia absoluta de Dios. Luego es conducido por una maravillosa transformación

hecha desde dentro hacia afuera por el Espíritu, asistido por el medio educativo y formativo de la Iglesia, que no consiste en otra cosa que anunciar a Cristo, aconsejando y enseñando a todos en toda sabiduría, para presentarlos completos en Cristo.

Que Dios bendiga a todos aquellos que tienen hambre y sed de descubrir el proceso, el contenido y la meta del verdadero discipulado – el Discipulado de Jesús.

J. Keeling

## PRESENTACION

Seguramente no esperarías encontrar en un libro que aborda el tema del discipulado cristiano, que postule que la primera lección que debe experimentar todo discípulo en el seguimiento de su Señor, sea el **fracaso**. En efecto, se supone que todo libro de discipulado nos debiera enseñar cómo crecer, desarrollarnos y tener una vida victoriosa, pero no que nos muestre en primer lugar la importancia de fracasar. Pues bien, la tesis de este libro postula precisamente esto. Fracasar no sólo es la primera lección que todo discípulo debe vivir en su seguimiento de Cristo, sino que es la lección fundamental y absolutamente necesaria para una vida victoriosa. Sin ella no es posible crecer ni menos vencer.

De la misma manera podría llamarte la atención que

la segunda gran lección que todo discípulo debe pasar en su vida, sea **esperar**. Probablemente esto tampoco es lo que esperabas escuchar. Al fracaso debería seguir: Luchar, esforzarse, actuar, obedecer; pero no esperar. Esto es lo que comúnmente pensamos. Que fracasar y esperar sean las dos primeras y fundamentales lecciones del discipulado cristiano, no es lo que seguramente esperabas encontrar.

No obstante, no sólo ésta será la tesis de este libro, sino que el autor postula que ella da cuenta exacta del discipulado que practicó Jesús. Nos desafía, por tanto, a revisar y a comparar nuestros modelos de discipulado con el de nuestro Señor. Nos invita a re-descubrir el discipulado de Jesús para ver si acaso no hemos pasado por alto precisamente lo más importante. Por lo demás, Jesús, no hizo otra cosa que seguir el mismo modelo que usó su Padre celestial cuando le dio la ley al pueblo de Israel.

## INTRODUCCION

El Señor Jesucristo pasó tres años y medio de ministerio formando a doce hombres. Fue un tiempo de verdadero y auténtico discipulado. El Señor Jesús caminó, comió, enseñó, hizo milagros, durmió y se mostró delante de ellos. El, se reveló en toda su gloria y buscó que sus discípulos lo conocieran. Les reveló al Padre, su Palabra y especialmente el evangelio del Reino de Dios.

### **No eran morada del Espíritu**

Pero, los discípulos del Señor, depositarios de su Palabra y objetos de su formación ¿qué posibilidad concreta tenían de asumir y vivir el evangelio del Reino? Sabido es que los discípulos no recibieron el Espíritu Santo, sino hasta el día de Pentecostés (Hechos 2) o, a lo menos, como registra Juan en su evangelio, has-

ta después de su resurrección, cuando les dijo: «Recibid el Espíritu Santo» (Juan 20: 22).

En efecto, el Espíritu Santo moraba *con* los discípulos, pero como testimonia el mismo Señor, el Espíritu no moraba *en* ellos. El Espíritu Santo moraba en ese momento sólo en Jesucristo. Él, era el único templo del Espíritu. Sin embargo, como Jesús moraba con los discípulos, el Espíritu, que moraba en él, también moraba con ellos. Pero, en rigor, el Espíritu no moraba *en* ellos, aunque Jesús prometió, que en el futuro, sí estaría *en* ellos (Juan 14: 17). Por lo tanto, reiteramos la pregunta: ¿Qué factibilidad real tenían los discípulos de encarnar la Palabra que recibían de Jesús? Según varios comentaristas, en ese periodo, los discípulos aún no estaban verdaderamente convertidos y salvos, dado que, por no tener el Espíritu, no podrían haber experimentado la regeneración o nuevo nacimiento. No sé si es necesario ir hasta tal extremo, pero, no hay duda que la habitación del Espíritu no era, hasta entonces, la experiencia de ellos.

## **El establecimiento del Reino**

Por otra parte, entendemos que el Señor Jesucristo debía establecer el reino de Dios, independientemente de las aptitudes de los discípulos para encarnarlo. Dios no puede cambiar sus demandas en virtud de la condición humana, toda vez que la realidad del pecado, propia de la naturaleza humana caída, no es responsabilidad de él. No obstante ¿qué sentido tenía que Jesús revelara el evangelio del reino de Dios a personas que estaban imposibilitadas de vivirlo? Es difícil pensar que Jesucristo solamente pretendía establecer la verdad, ya

que, como dice el apóstol Juan, la *gracia* y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1: 17). El Cristo traía no sólo la verdad, sino especialmente la gracia. Por supuesto que la verdad debía ser establecida entre los hombres y no sólo para ser conocida, sino para ser vivida. El problema, sin embargo, era que las demandas del reino de Dios eran demandas divinas, celestiales; los discípulos, en cambio, vivían en condiciones humanas y terrenas. Para la naturaleza humana caída, las demandas del Reino no son connaturales. En definitiva, la exposición de las verdades del reino de Dios podría darles a los discípulos la visión de lo que tenían que vivir y encarnar, pero no el poder para hacerlas.

### **La incapacidad natural**

¿Tenía sentido entonces que el Señor pidiera, exigiera y demandara de sus discípulos, el cumplimiento del sermón del monte, por ejemplo? Para acercarnos a una posible respuesta, debemos preguntarnos si mientras los discípulos oían a su maestro estarían conscientes de su total incapacidad para cumplir lo que escuchaban. Como veremos más adelante, los discípulos no estaban conscientes de su verdadera condición. A decir verdad, nunca el hombre ha estado consciente de su verdadero estado. El hombre está ciego y la única posibilidad de que se conozca a sí mismo, se encuentra en que Dios mismo le revele su condición. Descubrir nuestra total impotencia es toda una revelación. Hasta que no llega ese momento, todos nosotros respondemos frente a las demandas divinas, tal como lo hiciera el pueblo de Israel cuando le fue entregada la ley: «Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos» (Ex. 24: 7). Es verdad que Pablo dice

«que por la ley ninguno se justifica para con Dios» (Gál. 3: 11). Pero ese juicio es espiritual y no significa que los hombres lo hayan entendido desde el principio. Todo lo contrario, muchos no sólo creían que podían guardar la ley, sino que lo presumían. En efecto, no sólo hombres como Saulo de Tarso o como el joven rico presumían de guardar la ley, sino grupos como los fariseos y los esenios también lo hacían.

### **La pedagogía divina**

La confusión anterior se agrava aún más con la idea tan lógica, y, por lo mismo, tan prevaleciente en la mentalidad cristiana, que si Dios exige algo del hombre, es porque éste puede cumplirlo. De otra manera ¿cómo Dios pediría algo que el hombre no puede cumplir? Pero, precisamente, es en esta supuesta incoherencia divina donde podemos encontrar la respuesta a la pregunta inicial que nos hemos hecho: ¿Tenía sentido que Jesús exigiera una conducta celestial a hombres pecadores? La respuesta es sí, definitivamente sí. Pero, no porque el Señor esperara que sus discípulos cumplieran sus demandas, sino porque su primer objetivo era que los discípulos chocaran una y otra vez con sus mandamientos, hasta que experimentaran su total incapacidad de cumplirlos. Su pedagogía sería permitir un fracaso tras otro hasta que sus discípulos quedaran vacíos de sí mismos, para entonces ser llenados con la vida del Resucitado. Y aquí está el punto. Jesucristo, efectivamente, traía la gracia de Dios a los hombres, pero, por alguna razón que no nos resulta fácil entender, él no comenzó hablándoles de la gracia, sino de la verdad. Jesucristo sabía mejor que nadie, que la única manera de preparar el corazón del hombre

para recibir la gracia de Dios, era precisamente hacer que los hombres experimentaran primero su absoluta impotencia para guardar la verdad. De ahí la importancia que Jesús se mostrara delante de sus discípulos con todo su porte y gloria, porque sólo así se descubriría la absoluta incapacidad de ellos. Dependiendo de con quien nos medimos o nos comparamos, será nuestra propia evaluación. En este sentido cabe el refrán: «En el país de los ciegos, el tuerto es rey». Si los discípulos se hubiesen comparado sólo entre ellos, algunos se habrían sentido mejores que otros. Pero, frente a Cristo ¿quién puede permanecer de pie?

### **Un proceso demoledor**

Muchos de nosotros, en un total desconocimiento de la realidad, hemos envidiado la oportunidad privilegiada que tuvieron los primeros discípulos del Señor: Ser discipulados directamente por Jesús. Cuando imaginamos esa situación, la envolvemos de tanto romanticismo y misticismo, que es difícil no exhalar un ¡oh! Pero nada más lejos de la realidad. Para los discípulos, seguir a Jesús fue una experiencia terrible. Una y otra vez sintieron que no llenaban la medida. Fueron muchos los papelones y las vergüenzas que pasaron. Él, era tan distinto a ellos, que fueron poco a poco llenándose de miedo y confusión. El trato de Jesús fue muchas veces inmisericorde y duro en apariencia. En definitiva, el proceso de discipulado fue toda una obra de demolición de los discípulos. Lo único que los sostuvo y los mantuvo sin desistir del proceso fue el innegable y glorioso hecho de que Jesucristo «*había amado a los suyos que estaban en el mundo... hasta el fin*» (Juan 13: 1). «*Hasta el fin*» no sólo significa que los amó hasta el

último día, sino «hasta el extremo», esto es, hasta dar la vida por ellos. Sólo el amor incondicional de Jesús por ellos, impidió que los discípulos desistieran de seguir a su Maestro.

Acompáñeme, entonces, a viajar con Jesús durante los tres años y medio de formación, o mejor dicho de destrucción, a que fueron sometidos sus discípulos en lo que podríamos llamar una verdadera escuela de discipulado. Para este efecto, seguiremos el evangelio de Marcos, por la sencilla razón de que es el evangelio que usa el lenguaje más fuerte y descarnado a la hora de describir las reacciones y sentimientos de los discípulos.

# I

## EL FRACASO

**E**n el evangelio de Marcos podemos contar alrededor de 18 experiencias distintas, a las que fueron expuestos los discípulos de Jesús. Ellas constituyen verdaderas lecciones de discipulado, donde los discípulos por una parte, conocieron a Jesucristo y, por otra, se conocieron a sí mismos<sup>1</sup>. El número 18 es igual a la suma de 6+6+6. El número 6 es el número del hombre y 3 x 6 significa que la experiencia está probada suficientemente y puede ser catalogada de firme y categórica<sup>2</sup>.

En cada una de estas 18 lecciones está plasmada la

---

<sup>1</sup> Una cosa no es posible sin la otra. Solo conociéndolo a Él, nos conocemos a nosotros mismos.

<sup>2</sup> Cf. Génesis 41: 32.

imposibilidad de vivir la vida cristiana sólo por medio de la vida humana. Así, en la primera lección, por ejemplo, la vida cristiana equivale a navegar en medio de un mundo lleno de tormentas. En la segunda, la vida cristiana nos exige ser capaces de proveer para las necesidades de un mundo hambriento. Luego, la vida cristiana requiere también poder caminar sobre las aguas de esta vida. Además, supone no sólo saber oír, sino también tener las capacidades de entender y discernir a fin de comprender adecuadamente las palabras de Jesús y obtener, así, el provecho espiritual de ellas.

Del incidente de Pedro con Jesús aprenderemos que la vida cristiana consiste también en vivir por sobre los afectos humanos. Ella se debe desarrollar y manifestar en el valle de la miseria humana, sostenidos únicamente por la visión de la gloria de Cristo contemplada en el monte. La vida cristiana fue hecha posible gracias a la muerte de Cristo; ahora, aquélla requiere que nosotros le sigamos en su muerte, si es que deseamos experimentar el poder de la vida cristiana.

La tentación del poder y la obtención de privilegios (nepotismo) estorban grandemente el desarrollo de la vida cristiana. Lo mismo hace un criterio estrecho, el legalismo y el sectarismo. La vida cristiana no hace acepción de personas, especialmente de los niños.

Las lecciones del Getsemaní y del arresto de Jesús son una ilustración del hecho de que la vida cristiana consiste en seguir al Cordero por dondequiera que va y no solamente en sus bendiciones y en sus fieles promesas.

Por último, la vida cristiana se convierte a veces en una paradoja o contradicción que sorprendentemente

nos escandaliza, como la que le ocurrió a los discípulos frente a la muerte de su Señor. Obviamente esto se produce por nuestra limitada comprensión de los procesos humanos y divinos.

## MIEDO EN LUGAR DE FE

(Marcos 4: 35-41)

*Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?*

La primera lección, según el evangelio de Marcos, consistió en viajar con Jesús en una barca. Esto no tendría nada de especial, de no ser por la gran tempestad de viento que se levantó y que ya estaba llenando de agua la barca. Mientras tanto, Jesús dormía plácidamente sobre un cabezal ubicado en la popa de la barca. La calma de Jesús contrasta con la desesperación de los discípulos, quienes no soportan más y lo despiertan. El texto griego, dice que no sólo lo despiertan, sino que lo levantan. Entonces le dicen: ¿No te importa que estemos pereciendo? Ya en la pregunta notamos un sabor extraño: Parece más un reproche que un ruego. Es como si estuvieran diciendo a Jesús: «A tí no te importa lo que nos pasa». Pero ¿cuántos de nosotros no hemos tenido más de alguna vez una sensación parecida? Si no lo hemos dicho, al menos lo hemos pensado: «¿Dónde estás Señor? ¿Por qué no te preocupas de mí? ¿No te importa lo que me pasa?».

El Señor, enseguida reprendió al viento y ordenó al mar: «¡Calla, sosiégate!». Y amainó el viento y se hizo una gran calma. Pero lo mejor venía a continuación. Mirándolos les dijo: «¿Por qué estáis llenos de miedo? ¿Cómo no tenéis fe?». En otras palabras, los discípulos debían estar llenos de fe y no de miedo; pero la realidad era otra: Estaban llenos de miedo y no de fe. Su primer fracaso los llevó a darse cuenta de que no tenían la medida de fe que requerían para seguir a Jesús. Pero, ¿No ha sido esta también nuestra experiencia? En efecto, la vida cristiana equivale a navegar en medio de un mundo de tormentas y tempestades que requieren de una fe firme y estable. No obstante, ¿cuántas veces hemos comprobado con vergüenza que en lugar de estar llenos de fe, estamos llenos de miedo y que no tenemos la fe que deberíamos tener?

## ***SENSIBLES, PERO SIN PODER***

(Marcos 6: 30-44)

*Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado.*

*El les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto.*

*Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas.*

*Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer.*

*Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? Él les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta.*

*Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. Y comieron todos, y se saciaron. Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces. Y los que comieron eran cinco mil hombres.*

Esta es la segunda lección que habrán de aprender los discípulos con Jesús. Con la decisión de Jesús de

apartarse de la gente para descansar un poco, los discípulos se embarcan nuevamente; esta vez a un lugar desierto. Pero la gente se da cuenta y los siguen. El relato dice no sólo que los siguieron a pie, sino que llegaron al otro lado antes que ellos. Cuando Jesús desembarca una gran multitud lo está esperando. Jesús, entonces, es movido a compasión por la gente, porque los ve como ovejas sin pastor, y comienza a enseñarles muchas cosas. ¡Qué gran sensibilidad de Jesús!

Las horas pasan y el día se hace tarde. De pronto, los discípulos movidos también por una gran sensibilidad por la gente, se acercan a Jesús para proponerle una idea: «Despacha a la gente para que vaya por los alrededores a comprar algo de comer». Parece que esta vez los discípulos están a la altura de su Señor. No obstante, Jesús espera de ellos algo más que sensibilidad. Les dice: «Dadles vosotros de comer». No es una sugerencia, sino una orden. Y no es sólo un mandamiento para ellos; es también para nosotros. ¡Qué terrible! El Señor espera de nosotros que no sólo sintamos compasión por la gente, sino que seamos capaces de proveer para las necesidades de ellos. Que cuando veamos el hambre de la gente no sólo nos conmovamos, sino que saciemos su hambre. Esa es la medida del Señor.

Los discípulos se sienten aturdidos con la orden. No saben qué pensar. «¿Estará hablando en serio? ¿Habremos entendido bien?». Entonces, en un intento por cerciorarse bien de la orden recibida, y apelando a la lógica humana, le preguntan: «¿Lo que nos estás pidiendo es que vayamos a comprar pan por doscientos denarios y les demos nosotros de comer?». La pregunta de los

discípulos, al igual que en la experiencia anterior, tiene un tono raro. Es como si quisieran despertar al Señor de la tontera que ha dicho, hacerle recapacitar. Porque, obviamente, los discípulos no cuentan con esa cantidad de dinero<sup>3</sup> y, probablemente, tampoco existan panaderías suficientes para tal cantidad de pan. Pero el Señor no sólo sabe muy bien lo que ha dicho, sino que a continuación multiplica cinco panes y dos peces y da de comer como a cinco mil varones.

¡Qué bochorno el de los discípulos, y también el nuestro! Creernos buenos cristianos porque somos personas sensibles a la necesidad humana, pero a la hora de saciar esa necesidad, comprobar nuestra absoluta impotencia. ¿Cuántas veces hemos sentido y experimentado esa impotencia? Tal vez muchas veces ¿verdad? La vida cristiana, que tiene provisiones divinas y celestiales, se desenvuelve en medio de un mundo hambriento y necesitado que nos interpela no sólo a tener sensibilidad por ellos, sino a ser capaces de satisfacer sus carencias. Pero para esto ¿Quién es competente por sí mismo?

---

<sup>3</sup> Un denario representa por lo general el salario diario de un jornalero.

## PÁNICO EN LUGAR DE CLAMOR

(Marcos 6: 45-52)

*En seguida hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Y después que los hubo despedido, se fue al monte a orar; y al venir la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario, cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles.*

*Viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron; porque todos le veían, y se turbaron. Pero en seguida habló con ellos, y les dijo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Y subió a ellos en la barca, y se calmó el viento; y ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban. Porque aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones.*

Y así llegamos a la tercera experiencia de los discípulos con Jesús. Una vez que hubo terminado el episodio de la alimentación de los cinco mil, Jesús embarcó a sus discípulos rumbo a Betsaida, entre tanto él despedía a la multitud. Esta vez los discípulos iban solos. El Señor, una vez despedida la multitud, se fue al monte a orar, mientras la noche alcanzó a los discípulos en medio del mar de Galilea.

La noche avanzó hasta su cuarta vigilia<sup>4</sup>. Jesús desde el monte tiene en la mira a sus discípulos, y dice el relato, que viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario, vino a ellos andando sobre el mar. El texto griego, en lugar de «fatigados» usa el término «atormentados», lo cual indica que los discipu-

---

<sup>4</sup> Esto es entre las tres y seis de la madrugada.

los se encontraban en una situación desesperada y que verdaderamente temían por su vida. En este punto el evangelio de Marcos introduce una frase un tanto extraña. Dice que la intención de Jesús al venir a ellos era «adelantárseles». Tengo la impresión que Jesús, quien obviamente no pretende jugar ni ser indiferente con ellos, se propone más bien provocar que los discípulos en medio de su desesperación clamen a él con todas sus fuerzas. Esta parece ser la lección que el Señor quiere que aprendan sus discípulos. Pero no sólo ellos, sino también nosotros. Muchas veces el Señor permite que nos visite la adversidad para que aprendamos a recurrir a él. En medio de los problemas, él pasa por nuestro lado para que clamemos a él por socorro. Es todo lo que espera de nosotros para actuar.

Pero ¿fue esta la reacción de los discípulos? No, vergonzosamente no. Porque viéndole andar sobre el mar pensaron: «¡Es un fantasma!». ¿Cómo? ¿Los discípulos creen en fantasmas? Parece gracioso. Pero lo peor de todo fue que confundieron a Jesús con un fantasma. Y en lugar de clamar, todos se pusieron a gritar de miedo. La expresión «se turbaron», en griego, es «se echaron a temblar». A los discípulos, literalmente, les tiritaban las piernas. Enseguida, el Señor tuvo que hablarles: «¡Tened ánimo; yo soy, no temáis». Luego, subió a la barca y el viento se calmó.

¿Se puede imaginar el rostro de los discípulos después del papelón que hicieron? No se querían mirar unos a otros y menos al Señor. Confundir a Jesús con un fantasma ¡Qué vergüenza! ¡Qué triste es que Jesús esté sólo a un clamor de distancia y muchas veces no recurramos a él! Los discípulos estaban atónitos porque, según Marcos, aún no habían entendido lo de los

panes. Ellos no aprenden fácilmente al igual que nosotros.

La vida cristiana consiste en caminar sobre las aguas del mar de esta vida. Sin embargo, al igual que en el plano físico, esto es imposible para la naturaleza humana. Ni siquiera es difícil; es imposible. ¿Qué haremos entonces? Solamente uno que haya caminado sobre las aguas nos podrá enseñar a andar sobre ellas.

## OYEN, PERO NO ENTIENDEN

(Marcos 7: 14-23)

*Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. Si alguno tiene oídos para oír, oiga.*

*Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. Él les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.*

Esta será la siguiente lección en la escuela de Cristo. La escena se inicia con la crítica de los fariseos y algunos escribas en contra de los discípulos de Jesús. La razón: Vieron a los discípulos comer con las manos inmundas, esto es, no lavadas. En seguida, el Señor sale en defensa de sus discípulos haciendo una notable demostración de cómo los fariseos y escribas invalidan la palabra de Dios por guardar la tradición de los hombres. Me imagino cómo se sentirían los discípulos mientras su Maestro los defendía: Orgullosos, contentos, protegidos, dando un amén cerrado cada vez que Jesús asestaba un golpe a sus contrincantes. Finalmente, llamando la atención de toda la multitud

y exhortándolos a oír y a entender, concluye categóricamente con una verdad magistral, que hasta el día de hoy conviene recordar: «Nada de lo que viene de afuera puede contaminar a una persona. Más bien, lo que sale de la persona es lo que la contamina». Me imagino a los discípulos hasta con ganas de aplaudir al Señor.

El asunto es que cuando se encontraban en casa, los discípulos le preguntan: «¿Qué quisiste decir con aquella parábola? ¡Plop! El Señor, entonces, les dijo: «¿También vosotros estáis sin entendimiento?»<sup>5</sup>. Es como si el Señor dijese: «Es explicable que los demás no entiendan, pero no ustedes». Una vez más los discípulos se dan cuenta que no dan la medida de su Maestro. Deberían oír y entender lo que oyen de su Señor, pero no es así. No sólo no entendieron lo de los panes, sino tampoco sus palabras<sup>6</sup>.

Pero así es la vida cristiana. Exige conocer profundamente a Jesús no sólo para entender sus palabras, sino también para saber interpretarlas y aplicarlas correctamente. Esto último, es más importante y aún más difícil de conseguir. Alcanzar esta medida, no obstante, se encuentra fuera del ámbito de nuestras pobres y limitadas fuerzas humanas.

---

<sup>5</sup> Literalmente: «¿Tan torpes son también ustedes?»

<sup>6</sup> En ambos casos (6: 52; 7: 18) el verbo griego es el mismo: *sunimi*.

## NI LA SEGUNDA ES LA VENCIDA

(Marcos 8: 1-10)

*En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto? Él les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete.*

*Entonces mandó a la multitud que se recostase en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud.*

*Tenían también unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. Y comieron, y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió. Y luego entrando en la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta.*

Llegamos así a la quinta lección que vivirán los discípulos en este doloroso pero necesario camino de conocerse a sí mismos, como resultado de ir conociendo cada vez más a su Señor. Como, según Marcos 6: 52, los discípulos aún no habían entendido lo de los panes, el Señor los conduce a repetir la experiencia. Seguramente todos nosotros, en un casi total desconocimiento de la naturaleza humana, pensaríamos 'a priori' que esta vez sí los discípulos estarán a la altura de su Maestro. Pero ¿lo estuvieron?

Esta vez el Señor toma la iniciativa y él hace saber a sus discípulos la situación de la gente: No tienen qué

comer. Parece que la respuesta de los discípulos debiera ser fácil. No obstante, la respuesta de ellos sorprende y escandaliza: «¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto?». Es probable que el Señor esperara de ellos la siguiente respuesta: «Démosles nosotros de comer». Pero la respuesta de los discípulos fue una totalmente distinta. No sólo niegan que ellos puedan darles de comer, sino lo que es peor, niegan que el Señor pueda hacerlo. Por último, si la respuesta de ellos hubiese sido: «Dales tú de comer», todavía indicaría un progreso en la formación de los discípulos.

Y por segunda vez Jesús multiplica el pan y alimenta milagrosamente a cuatro mil personas en pleno desierto. ¡Bendito sea nuestro glorioso Señor Jesucristo!

## OTRA VEZ NO ENTIENDEN

(Marcos 8: 14-21)

*Habían olvidado de traer pan, y no tenían sino un pan consigo en la barca. Y él les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes. Y discutían entre sí, diciendo: Es porque no trajimos pan. Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete. Y les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?*

Con esta sexta lección culmina el primer ciclo de experiencias de los discípulos con su Maestro, nuestro Señor Jesucristo<sup>7</sup>. Después de la milagrosa alimentación de los cuatro mil, Jesús y sus discípulos se habían embarcado para la región de Dalmanuta. Allí, el Señor había tenido una discusión con los fariseos quienes, a fin de tentarle, le habían pedido que hiciera una señal del cielo. Jesús conociendo las intenciones de los fariseos se negó rotundamente y, aún más, «dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera». Esta será la tercera experiencia con Jesús arriba de una barca.

Los discípulos vienen preocupados. La razón: Habían olvidado traer pan y contaban con un solo pan para el viaje. Jesús, por su parte, también viene preocupado, pero no por el pan. Su mente todavía está

---

<sup>7</sup> Recuerde que 18 = 6+6+6.

concentrada en la discusión con los fariseos y especialmente en la actitud de ellos. El Señor, pensando en el cuidado y en la formación de sus discípulos, les advierte entonces sobre la necesidad de guardarse de la levadura de los fariseos<sup>8</sup> y de la levadura de Herodes<sup>9</sup>. Los discípulos, al escuchar la palabra «levadura», creen que Jesús está reprochándolos por haberse olvidado de traer pan. Y entonces comienzan a discutir entre ellos: «Te dije que trajeras pan». «Tú estabas a cargo». «¿Cómo pudiste olvidarte?». ¡Esto sí que es andar perdido y extraviado! Jesús se da cuenta del extravío de sus discípulos y comienza a exhortarlos duramente con una serie de reproches que constituyen todo un resumen o corolario de toda la serie de seis fracasos:

- a). ¿Por qué discuten que no trajeron pan?
- b). ¿Aún no entienden ni se dan cuenta?
- c). ¿Tienen el corazón embotado?
- d). ¿Teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen?

e). ¿Y no recordáis? El sentido de esta pregunta es ¿ni siquiera sois capaces de recordar? ¿Hasta mala memoria tenéis? En seguida, el Señor les recuerda las dos veces que anteriormente multiplicó el pan. En otras palabras, lo que Jesús les está diciendo es que si con cinco panes había alimentado a cinco mil, y con siete panes había alimentado a cuatro mil, con un pan ¿no podría alimentar a doce? Y termina Jesús la reprimenda con una última pregunta:

- f). ¿Y cómo entonces aún no entendéis?

---

<sup>8</sup> En el contexto, la levadura de los fariseos parece tener relación con exigir evidencias, no obstante no tener una actitud creyente. Según Lucas, es la hipocresía (12: 1); y según Mateo, es la doctrina de los fariseos (16: 12).

<sup>9</sup> La levadura de Herodes parece consistir en el uso del poder político contra los creyentes.

Y así la sexta lección terminó con seis preguntas que indicaban claramente el fracaso rotundo de los discípulos en el seguimiento de su Maestro.

## EL FRACASO DE LOS AFECTOS HUMANOS

(Marcos 7: 31-35)

*Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle. Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.*

La escena anterior que sirve de contexto inmediato a este relato del evangelio de Marcos, muestra el momento de mayor lucidez que han tenido hasta aquí los discípulos de Jesús. En efecto, Pedro, hablando en representación de los doce y por revelación del Padre celestial, acaba de confesar que Jesús es el Cristo o Mesías. De esta manera culmina la primera parte del evangelio de Marcos que pretendía dar a conocer quién es el Cristo. Pues bien, como ha dicho Pedro, Jesús es el Cristo.

Ahora bien, en la segunda parte del evangelio (capítulos 9-16), Marcos nos indicará qué clase de Mesías es Jesús. En la primera parte la pregunta era: ¿Quién es el Mesías? En la segunda parte, en cambio, la pregunta es: ¿Qué clase de Mesías es Jesús? Y la respuesta a esta última pregunta será: El Mesías, Jesús, es el siervo sufriente de Dios. Por ello, a partir de este momen-

to, Jesús comienza a hablarles con toda claridad y franqueza respecto de su muerte que ha de acontecerle en la ciudad de Jerusalén. Y es en este punto donde una vez más entra en escena el apóstol Pedro. Él, por una parte, lleno aún de satisfacción por el momento de claridad anterior que lo hace sentirse seguro y confiado en sí mismo, y por otra parte, movido por el gran afecto que siente por Cristo, toma a Jesús a un lado y comienza a reconvénirlo por lo que recién ha dicho acerca de su inminente muerte. La palabra griega para «reconvénir» es mucho más fuerte todavía. Indica que Pedro comenzó a «reprenderlo». ¿Qué les parece? ¿De dónde sacó Pedro tantas agallas? Me imagino a Pedro diciéndole al Señor: «¿Qué es eso de que vas a morir?», «¿Cómo se te ocurre?», «¿Acaso no sabes cuánto te amamos?».

Jesús, entonces, volviéndose al resto de los discípulos para captar su atención, le dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás!». Pero ¿cómo? ¿Pedro convertido en enemigo y adversario<sup>10</sup>? ¿Qué pasó? ¿Cómo es que Pedro puede pasar tan rápidamente de un momento de gloria a un momento de tinieblas? ¿De la confesión a la confusión? ¿Qué parecido somos a Pedro! ¿Se pueden imaginar qué pensaron de Pedro los demás discípulos y cómo se sintió Pedro? ¿Qué había de malo en sus palabras para recibir tan dura reprensión? Y si había algo de malo ¿no podría el Señor haber valorado por lo menos la sinceridad de sus palabras?

Hermanos ¡cuán traicioneros pueden llegar a ser nuestros afectos! Pedro, con una ignorancia supina de las cosas de Dios y gobernado sólo por sentimientos humanos, lo que estaba diciéndole en otras palabras a

---

<sup>10</sup> Satanás significa enemigo y adversario.

su Maestro, era: «¿Cómo se te ocurre ir a la cruz para traer la salvación a los hombres?» «¿Qué es eso de estar pensando en los demás?» «Piensa en tí mismo» «Considérate a ti mismo».

Y para que nadie piense que esta medida era sólo para Cristo y no para nosotros, Jesús, llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: «Si alguien desea venir en pos de mí, renuncie a las exigencias de su propio yo, tome su cruz y sígame». Y la razón es tan tremenda como la demanda misma: «Porque cualquiera que desee salvar su vida, la perderá; mas cualquiera que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará». De aquí en adelante, seguir a Cristo tomará entonces un cariz nuevo para los discípulos. Con razón dice Marcos que mientras subían a Jerusalén y Jesús iba delante de los discípulos, ellos estaban atónitos y le seguían con miedo (10:32).

La vida cristiana requiere «soltar» nuestros seres queridos a la voluntad de Dios; sin embargo, nuestros humanos afectos van en la dirección opuesta; buscan «atarlos» a nosotros. Y ¿quién por sí mismo los podrá vencer? Difícil ¿no es cierto? No, no es difícil; es imposible.

## CUANDO EL APRESURAMIENTO NOS HACE ERRAR

(Marcos 9: 2-9)

*Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados. Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo. Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos.*

En esta octava experiencia de los discípulos con el Señor, ellos verán el reino de Dios venido (cuando haya venido) con poder. Según Mateo: «Verán al Hijo del Hombre viniendo en su reino». Es decir, verán al Mesías, anticipadamente, viniendo en el poder de su segunda venida. Esta visión contrapesa la experiencia de muerte anterior. Ello significa que Jesús no morirá por debilidad, sino voluntariamente. Conocer su poder, por tanto, permitiría a los discípulos encontrar la fuente de donde sacar las fuerzas suficientes para seguir a su Maestro hasta la muerte. Seguir a Jesús por el camino de la muerte conduce finalmente a la participación de su gloria y de su poder. «Si sufrimos con él,

también reinaremos con él»<sup>11</sup>. Esta visión anticipada de la segunda venida de Cristo, la conocemos como la transfiguración.

La mención del número seis en la expresión «seis días después» ya anticipa, no obstante, un nuevo fracaso de los discípulos. Esta vez de Pedro, Jacobo y Juan. Cuando Pedro vio a Jesús transfigurado y conversando con Moisés y Elías, rápidamente se apresuró a dar una sugerencia: «¿Por qué no hacemos tres enramadas y nos quedamos aquí?». Entonces el escritor aclara que Pedro habló así, «porque no sabía lo que hablaba». El sentido es que no sabía qué decir. Pero ¿quién le dijo que tenía que apresurarse a decir algo? Marcos aclara, en todo caso, que la razón de su apresuramiento fue el hecho de que estaban aterrados con la visión.

En la lección anterior, los discípulos se habían visto caminando con Jesús hacia la muerte. Ahora, están en la gloria. Con razón dice Pedro: «Maestro: Excelente, hermoso, es que estemos aquí». ¿Quién quiere bajar de la gloria, para caminar hacia la muerte? Todos nosotros querríamos quedarnos allí. Pero la transfiguración es un anticipo que tiene por finalidad capacitarnos para tomar el camino de la cruz, y no para quedarnos allí.

El apresuramiento de Pedro fue entonces interrumpido<sup>12</sup> por la voz del Padre que habló desde una nube: «Este es mi Hijo, el Amado, oídle». Claro, Pedro en su prisa por hablar, había puesto a Moisés y a Elías ni más ni menos que a la misma altura de Jesús. Por ello, el Padre, agrega: «... a él oíd». No es hora de oír ni a Moi-

---

<sup>11</sup> 2 Timoteo 2: 12.

<sup>12</sup> Mateo dice que mientras Pedro aún hablaba, una nube de luz los cubrió.

sés ni a Elías. La ley y los profetas dan, ahora, paso a Jesús, quien es el cumplimiento de lo dicho por Moisés y los profetas. Como resultado de las palabras del Padre desaparecen, pues, de la escena, Moisés y Elías, y queda con los discípulos solamente Jesús.

En verdad, Pedro no sabía lo que decía. En verdad, erramos por apresurados. Debemos ser prestos para oír, pero tardos para hablar<sup>13</sup>. Pero ¿quién podrá en sus fuerzas controlar su lengua? Con razón dice Santiago que «si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz de refrenar todo el cuerpo» (3: 2). ¿Qué te parece? Es cosa de proponérselo ¿no es cierto? No. Lamentablemente auto proponérselo no será suficiente.

---

<sup>13</sup> Santiago 1: 19.

## POR FALTA DE ORACIÓN

(Marcos 9: 14-19)

*Quando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos. Y en seguida toda la gente, viéndole, se asombró, y corriendo a él, le saludaron. El les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos? Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, dondequiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron. Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo.*

Quando Jesús descendió del monte con los tres discípulos, encontró a los nueve discípulos restantes enfrascados en una discusión con algunos escribas y rodeados de una multitud de gente. ¿Qué pasaba? Un padre había traído su hijo endemoniado a Jesús, pero sus discípulos no habían sido capaces de liberarlo. ¡Con razón, Pedro, Jacobo y Juan no querían bajar al valle!

Jesús exclama entonces: «¡Oh generación sin fe! ¿Hasta cuándo será necesario quedarme entre ustedes?». Ahora sabemos que debía quedarse con los hombres hasta que hiciese posible, con su salvación, la fe de ellos. Hasta entonces debía seguir soportándolos, especialmente a sus discípulos. Jesús liberó, pues, al muchacho y, una vez llegados a casa, vino la gran pregunta de parte de los discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsar al demonio?». «Porque esta clase de demonios», dijo Jesús, «con nada puede salir, sino con oración».

El fracaso de los discípulos se debió, esta vez, a la falta de oración. Jesús era un hombre de oración, pero no sus discípulos. Frente a la estatura del Maestro, una vez más los discípulos habían quedado cortos.

La vida cristiana es victoriosa porque se desarrolla en una atmósfera permanente de oración. Ésta nos pone en contacto y en comunión con el autor de la Vida, de quien recibimos vida sobrenatural -su Vida- que nos capacita y nos permite navegar llenos de fe en medio de la tempestad, dar de comer a un mundo necesitado, andar sobre el mar, entender las palabras de Jesús, trascender nuestros afectos, controlar nuestra lengua y liberar a los oprimidos. Todos sabemos esto. Sin embargo, la mayoría de nosotros, o no ora, o su vida de oración es muy pobre. Tenemos una linda teología de la oración, pero no su práctica. Sabemos que hay que orar y, sin embargo, no oramos; sabemos que el orar trae provecho espiritual, pero no oramos; sabemos que no se puede vivir la vida cristiana sin oración, no obstante igual no oramos.

Y ¿cuál es la explicación de esta incoherencia nuestra? Simple, pero dolorosa: Exceso de confianza en nosotros mismos. Por lo tanto, la oración será una realidad práctica cuando se convierta en una necesidad. Cuando nos demos cuenta que separados de él *nada* podemos hacer y que aquello que hacemos sin él, es nada. Pero hasta que no llegue ese día, inevitablemente conoceremos la derrota, ya que parece no haber otro camino para descubrir que padecemos de una impotencia absoluta a la hora de pretender vivir a la altura del Maestro.

La vida cristiana nos demanda descender perma-

nentemente al valle de la necesidad. Sin embargo, las necesidades con las que nos encontraremos allí son de tal magnitud que sin una relación viva y personal con el Salvador, mediante la oración, no tenemos ninguna posibilidad de enfrentarlas con éxito. En definitiva, descender al valle requiere primero de la experiencia de subir al monte.

## **MIEDO A VOLVER A FRACASAR**

(Marcos 9: 30-32)

*Habiendo salido de allí, caminaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiese. Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle.*

En esta décima lección, el Señor por segunda vez les habla de su muerte. Sin embargo, sus discípulos, aparte de no entender las palabras de Jesús respecto de su muerte, no quieren ni siquiera preguntar. «Todos», dice Marcos, «tenían miedo de preguntarle». Claro, después de la experiencia de Pedro nadie quiere correr riesgos; ninguno quiere ser tratado de 'satanás'.

Por otra parte, pareciera que la frustrada odisea de la liberación del muchacho anteriormente descrita, les hubiese hecho olvidar la experiencia de la transfiguración y les hubiese hecho volver a cero en su comprensión de las palabras tan claras de Jesús en relación con su muerte. Debido a la limitada comprensión humana, la noticia de la muerte de Jesús es tan fuerte para los discípulos, que no logran trascenderla. No logran asimilar la posible partida y pérdida de su Señor. No existen razones que la hagan comprensible. Probablemente se preguntan: ¿Y qué haremos sin él? ¿Qué será de nosotros, cuando muera?

## LA TENTACIÓN DEL PODER

(Marcos 9: 33-37)

*Y llegó a Capernaum; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor. Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.*

¿Pero, en verdad, los discípulos se encontraban tan derribados y defraudados con la noticia de la muerte de su Señor? Veamos. En Capernaum, una vez que llegaron a casa, Jesús les preguntó: «¿Qué discutíais en el camino?». «Mas ellos», dice Marcos, «callaron», porque en el camino habían discutido quién era el mayor. ¡Qué tal! Callaron porque, al igual que un niño que es sorprendido haciendo algo malo (con las manos en la masa), se sintieron descubiertos por el Señor. Pero ¿qué había motivado tal discusión del camino? ¿qué la originó? Sin duda, las palabras de Jesús con respecto a su muerte. Y, aunque Mateo dice que dichas palabras entristecieron en gran manera a sus discípulos, se ve que ello no fue obstáculo para que, de todas maneras, mientras Jesús caminaba delante de ellos, los discípulos comenzaran a hablar del tema del sucesor.

Las preguntas que se hicieron no fueron: «¿Y qué haremos sin él? ¿Qué será de nosotros, cuando muera?». No, ellos no se hicieron las preguntas que presu-

míamos. Las preguntas de ellos fueron: «Ya que el Señor, según sus propias palabras, habrá de morir: ¿Quién de nosotros tomará su lugar? ¿Quién se hará cargo de la dirección del grupo?». ¡Qué escena no! Por un lado, hablando con el rostro lleno de tristeza y con la voz entrecortada por la emoción, pero, al mismo tiempo, discutiendo quién será el sucesor. ¿Ha visto alguna vez una escena parecida? Yo sí. Se parece a aquellas personas que comienzan a disputarse la herencia de un familiar, cuando todavía éste no fallece. ¡Qué patético!

## LA ESTRECHEZ DE LOS DISCÍPULOS

(Marcos 9: 38-41)

*Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.*

La duodécima lección se desarrolla dentro de la escena anterior. Lo que probablemente pasó es que la vergüenza experimentada por los discípulos al verse descubiertos por el Señor, debe de haber sido tan grande, especialmente la de Juan, que éste no encontró mejor salida que interrumpir bruscamente al Maestro y cambiar el tema. Juan, está seguro que lo que a continuación dirá a Jesús es tan acertado que, de alguna manera, borraré la equivocación recién cometida.

«Maestro», dice Juan: «Hemos visto a uno que en tu nombre expulsaba demonios, pero no nos sigue; y se lo prohibimos porque no nos seguía». Juan tiene que haber esperado con ansias la aprobación de su Maestro. Por lo demás, necesitan vivenciar la sensación de acertar alguna vez. ¿Habrán dado en el blanco esta vez? Jesús respondió... «No se lo prohibáis». Hoy en día, nosotros insistiríamos con estas palabras: «Pero si no es de nuestra denominación». «No se lo prohibáis». «Pero si no tiene nuestra doctrina». «No se lo prohibáis». «Pero si no es de nuestro ministerio» «No se lo prohibáis».

¿Por qué? «Porque ninguno que haga un milagro en mi nombre, podrá rápidamente hablar mal de mí. Porque el que no está contra nosotros, a favor de nosotros está», dijo Jesús.

Con esta duodécima lección termina la segunda serie de seis experiencias vividas por los discípulos en su seguimiento del Señor. En todas ellas la figura de Jesús crece y se agiganta; la de ellos, disminuye y se achica. Él se vuelve cada vez más glorioso y maravilloso; ellos, en cambio, cada vez más opacos y carnales. En todo caso, lo más importante que está ocurriendo en la vida de los discípulos es que mientras van conociendo a su Señor, se van conociendo a sí mismos. Esta lección será fundamental en el futuro.

## EL ERROR DE IGNORAR A LOS NIÑOS

(Marcos 10: 13-16)

*Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía.*

Aquí comienza la tercera y última serie de seis experiencias del discipulado de Jesús. ¿Cómo lo sabemos? Porque, según Lucas, todas las experiencias que vienen se enmarcan en el último viaje que hará Jesús a Jerusalén<sup>14</sup>. Esta vez, para morir. Este viaje que podemos llamar el camino de la cruz ocupó los últimos seis meses de la vida de Jesús.

La gente no sólo tenía interés de escuchar a Jesús, sino que, además, le traían sus hijos para que los tocara. ¡Qué hermoso e importante gesto de estos padres! Pero los discípulos no lo valoraban así. Por el contrario, ellos reprendieron a las personas que traían a los niños: «Esta reunión no es para niños» «¿Acaso no saben que los niños molestan?» «Ellos son la iglesia del mañana, no los traigan hoy».

Cuando Jesús se dio cuenta de lo que pasaba, dice Marcos, que él se indignó. Esta es la única vez en todo el Nuevo Testamento que se menciona a Jesús bajo este estado de ánimo<sup>15</sup>. Este hecho indica, por sí solo, el gran aprecio y cariño que Jesús sentía por los niños y la gran importancia que para él tenían. Con enojo les

<sup>14</sup> Lucas 9: 51.

<sup>15</sup> El verbo indignarse en griego es *aganakteo*.

dijo entonces: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo prohibáis». Los discípulos no sólo querían impedir que otros que no eran de su misma «denominación» ministrasen, sino querían impedir también a los niños venir a Cristo. ¡Así somos nosotros! Estrechos de corazón.

Jesús termina su enseñanza declarando que aquel que no acoja el reino de Dios como lo haría un niño, de ningún modo entrará en él. En seguida, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía, no sin antes tomarlos en sus brazos.

## OTRA VEZ EL PODER ES TEMA NO RESUELTO

(Marcos 10: 35-45)

*Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidieremos. Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado.*

*Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.*

El contexto inmediato de este relato es la mención que hace Jesús, por tercera vez, de su muerte, dándoles así una nueva oportunidad de demostrar su aprendizaje. Recordemos que en la ocasión anterior, cuando Jesús les habló de su muerte por segunda vez, ellos, aunque tenían miedo de preguntarle después de lo que le había pasado a Pedro, no se sintieron cohibidos para discutir en el camino quién sería el mayor. Pero ahora tienen una nueva oportunidad. Seguramente, esta vez no querrán aprovecharse de la situación para obtener prebendas personales. Veamos.

Después que el Señor terminó de hablar a los discípulos con respecto a su muerte, Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo, se le acercaron con una petición: «Concédenos que en tu gloria uno de nosotros se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda». Pero ¿de dónde sale esta petición? ¿Qué relación tiene con las palabras recientes de Jesús sobre su muerte? La verdad es que ninguna, porque la petición de Jacobo y Juan no se origina a raíz de las últimas palabras de Jesús acerca de su muerte, sino de aquellas referidas a propósito del joven rico. En ese contexto, según Mateo, Jesús les había prometido a sus discípulos que «... en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel»<sup>16</sup>. De aquí nace la petición de los hijos de Zebedeo.

Esta idea de sentarse en tronos junto a Jesús, se convirtió en una idea fija para Jacobo y Juan. A tal punto que haciendo caso omiso de las últimas palabras de Jesús acerca de su muerte, retoman el tema de la participación en la gloria del Señor. ¡Qué tremendo! Jesús está hablando de su muerte y los discípulos de lugares de privilegios.

Según las normas de protocolo, la persona de mayor rango o dignidad, debe sentarse en el centro. De allí hacia la derecha y hacia la izquierda se ubican las demás personas de acuerdo al mayor o menor grado de dignidad,. Pues bien, esto era precisamente lo que Jacobo y Juan estaban pidiendo: Después del Señor, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Puede ser que los hijos de Zebedeo se sintiesen con derecho a los

---

<sup>16</sup> Mateo 19: 28.

mejores puestos por el probable parentesco que tenían con Jesús<sup>17</sup>.

La respuesta de Jesús, sin embargo, fue: «No sabéis lo que pedís». ¿Cuántas veces los discípulos han escuchado hasta aquí estas mismas palabras de parte del Señor? Varias veces ¿no es cierto? No saben lo que piden, porque no es prerrogativa de Jesús conceder los lugares de privilegios, sino el Padre. Y tampoco los mejores lugares se otorgan a los que los piden o a los que creen que tienen derecho, sino a aquellos que están preparados para participar de la copa y el bautismo de su pasión y muerte. Para participar de su gloria, primero hay que compartir el trago amargo del dolor y el bautismo del sufrimiento de Jesús. En verdad Jacobo y Juan no tenían idea de lo que pedían.

Pero esto no es todo. ¿Qué de los demás discípulos? ¿Podrá atribuirse sólo a Jacobo y a Juan estas ansias de poder y de privilegios? El texto dice que cuando los demás se enteraron de la petición de los hijos de Zebedeo, se indignaron contra ellos<sup>18</sup>. ¿Qué les parece? ¿Se indignaron no porque Jacobo y Juan hayan solicitado semejante privilegio, sino porque se les adelantaron!

La vida cristiana consiste en menguar para que Cristo sea levantado y exaltado en la iglesia y a través de ella. Pero el mundo corre en una desenfrenada y loca carrera, no por menguar, sino por ser levantado. Se busca subir «a como dé lugar», aun a costa de pisotear o derribar a los que se interpongan en nuestro camino. Pero ¿cuál es la razón de tan frenética lucha? Muy sim-

---

<sup>17</sup> Es probable que la madre de Jacobo y Juan (Salomé), fuese la hermana de María, madre de Jesús (Marcos 15: 40; Mateo 27: 56; Juan 19: 25).

<sup>18</sup> Es el mismo verbo, en griego, que usó Marcos para Jesús en 10: 14.

ple, el que no llega arriba, es nadie. Esta es la valoración del mundo. Este no te mide por lo que eres, sino por lo que tienes. Tu dignidad depende de tu posición. Si no tienes una posición social relevante, eres un fracasado, un perdedor, un don nadie. Así que si quieres ser reconocido por la sociedad, más te vale que con todas las fuerzas que tengas, hagas de la letra de esta canción popular, la razón y el sentido de tu existencia:

*«Toda una existencia para verme  
convertido en un buen corredor;  
toda mi paciencia día a día  
para hacerme cada vez mejor.  
Ser tercero es perder,  
ser segundo no es igual  
que llegar en un primer lugar.*

*Voy a ganar, voy a ganar;  
voy a matarme por llegar...  
Voy a ganar, voy a ganar;  
voy a poderlo demostrar.  
Voy a ganar, voy a ganar;  
voy a poderlo demostrar,  
y a ganar.*

*Tanto sacrificio, tanta rabia,  
tanto tiempo para ver qué soy.  
¿Qué fuerza me empuja  
y me pone en liderato  
de competición?  
Ser tercero es perder,  
ser segundo no es igual  
que llegar en un primer lugar.*

*Un poco más, un poco más;  
voy a matarme por llegar.  
Un poco más, un poco más;  
un poco más y soy el as».*

Así de fría, calculadora, cruel e inmisericorde es la vida en este mundo. Y qué contrarias y fuertes las palabras de Jesús que tenemos que vivir en medio de la selva del más fuerte:

*«El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos».*

Para tan grande desafío que nos pone la vida cristiana, ¿quién es competente?

## CUANDO ÉL NOS ESCANDALIZA

(Marcos 14: 26-31)

*Cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.*

*Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo.*

Esta es la décima quinta experiencia de los discípulos en su relación con el Señor y quizás la más difícil de superar. Jesús ya se encuentra en la ciudad de Jerusalén, donde acaba de celebrar con ellos la fiesta de la Pascua judía. Cuando salen en dirección del monte de los Olivos, Jesús pronuncia unas palabras terribles: «Todos se escandalizarán de mí esta noche». ¿Cómo? ¿Jesús, motivo de escándalo? ¡Esto sí que no estaba en mis registros! Pero ¿acaso alguna vez no te ha escandalizado el Señor? ¿Nunca él ha hecho algo que te ha hecho tropezar? En el caso de los discípulos, después de saber que él era el Mesías, era mucho pedirles que no tropezaran ante el hecho inminente de su muerte. Si él es el Mesías, entonces no puede morir; si muere, entonces no es el Mesías. Así pensaban los discípulos. Por eso, Jesús, consciente de ello, les advierte que su muerte los hará tropezar en él. Ya no podrán seguir creyendo en él<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> La Biblia «Dios habla hoy» dice en 14: 27: «Todos ustedes van a perder su confianza en mí».

¿Que él me va a escandalizar? Seguramente esto sería lo más difícil de aceptar. Cualquiera pensaría: Eso es imposible que ocurra. Por ello, no es tan extraordinario que Pedro haya dicho: «Aunque todos se aparten, yo no». Aun en la eventualidad de que todos los demás fallen, yo no lo haré. La confianza de Pedro en sí mismo es absoluta, a pesar de la clara advertencia de las palabras de Jesús. Esto sí que llama la atención. Uno esperaría que a esta altura del proceso, después de un fracaso tras otro, Pedro se encontrara más debilitado y desconfiado de sí mismo. Por lo menos, uno esperaría que a esta altura Pedro ya se hubiese dado cuenta que Jesús sabe más que él. Que él sabe lo que dice. Pero, lamentablemente no es así.

Jesús, entonces, buscando hacer recapacitar a Pedro, le advierte: «De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces». Es como si Jesús le dijese: «Pedrito, Pedrito, no me contradigas. Yo sé exactamente lo que harás esta noche. Créeme lo que digo». Frente a palabras tan claras y tan exactas, dichas, además, por aquel que mejor conoce a los discípulos, seguramente Pedro se rendirá y le concederá toda la razón a su Maestro. Pero ¿fue así? Asombrosamente no. Con total ignorancia de sí mismo, y con mayor ahínco, afirmó: «Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré». Estas palabras sólo pueden ser dichas por alguien que no se conoce. Pero ¿acaso no sería lo que todos diríamos? Si alguien nos preguntara: ¿Negarías al Señor? ¿Acaso no responderíamos todos como Pedro: «Jamás te negaré»? En mi caso, mi pensamiento es este: Podré ser mal discípulo, lleno de defectos e inconsecuencias; pero, de ahí, a negar a mi Señor. ¡Jamás!

Bueno. Todos los demás discípulos dijeron lo mismo.

La vida cristiana está, pues, llena no sólo de victorias y bendiciones, sino también de grandes paradojas que casi siempre sobrepasan nuestro limitado entendimiento y que por lo mismo, debemos soportar casi a pura fuerza de resignación. Peor aún, cuando estas paradojas vienen del mismo Señor. Pero ¿qué nos podrá sostener en medio de ellas? El hecho glorioso que aunque Dios es luz, también mora en la oscuridad<sup>20</sup>. Él vive en el día, pero habita también la noche. Por lo demás, el propio Hijo de Dios pasó, por nosotros, por la noche oscura. Así que en nuestro seguimiento del Señor como discípulos será inevitable seguirlo también por situaciones de este tipo. Los discípulos «siguen al Cordero por dondequiera que va»<sup>21</sup>. Job, que sabía de estas experiencias, dice:

*«Cercó de vallado mi camino, y no pasaré;  
Y sobre mis veredas puso tinieblas» (19:8)*

*«Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal;  
Y cuando esperaba luz, vino la oscuridad» (30:26)*

En todo caso y para aliento nuestro, digamos que la noche oscura nuestra jamás se podrá comparar con la de Cristo. La noche oscura que pasó Cristo ningún mortal jamás tendrá que vivir. Él, expiró abandonado por su Padre y, no obstante, de todas maneras murió confiando en él. Pareciera que si Dios te abandona no hay nada más que hacer. Sin embargo, Jesús, en esa misma situación, todavía confió en él y murió esperando en él. ¡Aleluya!

---

<sup>20</sup> Ver Éxodo 20:21; Deuteronomio 4:11; 1 Reyes 8:12; 2 Crónicas 6:1.

<sup>21</sup> Apocalipsis 14: 4.

## CUANDO DECEPCIONAMOS A LOS DEMÁS

(Marcos 14: 32-42)

*Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.*

*Vino luego y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue y oró, diciendo las mismas palabras.*

*Al volver, otra vez los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle. Vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad. Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega.*

Este es seguramente uno de los momentos más triste y más terrible que vivió Jesús. Hace seis meses comenzó el viaje a la muerte, a Jerusalén, y finalmente ha llegado la hora. Él necesita orar en este momento crucial. Así que se dirige con sus discípulos al huerto de Getsemaní y, una vez allí, les dice: «Sentaos aquí hasta que haya orado». Sus palabras están dirigidas a todos sus discípulos, menos a Pedro, a Jacobo y a Juan, a quienes toma consigo y se aparta del grupo.

Jesús se siente solo y más que nunca necesita la compañía, la amistad y la solidaridad de sus compañeros.

Para ello, nada mejor que rodearse de sus tres discípulos más íntimos. Ellos son los mismos que anteriormente lo acompañaron cuando resucitó a la hija de Jairo y los que presenciaron su transfiguración en el monte. Pocas cosas son más preciosas que sentirse acompañado en momentos de dificultad.

Entonces, dice el relato que Jesús «comenzó a sentir pavor<sup>22</sup> y tedio angustiioso<sup>23</sup>». En seguida, como buscando ayuda en sus amigos, les dice: «Mi alma siente una tristeza de muerte; permanezcan aquí y velen». Es como si les pidiese: «Estén conmigo, no me dejen solo. Ayúdenme a pasar este momento». Y apartándose de los tres, comenzó a orar.

Pero cuando regresó a ellos, los encontró durmiendo. ¡Qué decepción! Jesús, que siempre había estado al lado de sus discípulos, que cada vez que le requirieron estuvo ahí, y que, no obstante, la única vez que él los necesitó, le fallaron. ¡Qué terrible experiencia cuando te fallan tus amigos en el momento en que más los necesitas! Pero también ¡qué terrible saber que le fallaste a tu mejor amigo en el momento en que más te necesitaba! Esta última debe de haber sido la sensación de los discípulos.

El Maestro le dice, pues, a Pedro: «¿No tuviste fuerzas para velar conmigo una hora siquiera?». Pero así de frágil, débil e infiel es la naturaleza humana. «Velad y orad» insiste el Señor, apartándose nuevamente de ellos a orar. Cuando volvió por segunda vez, nuevamente halló a Pedro, a Jacobo y a Juan, durmiendo, porque los ojos de ellos estaban muy cargados de sue-

---

<sup>22</sup> Mezcla de asombro y horror, según el Nuevo Testamento Interlineal.

<sup>23</sup> Sensación muy molesta, como de encontrarse desvalido «fuera de casa». (Interlineal).

ño y no sabían qué decir. Otra vez fracasan frente a una segunda oportunidad.

Y por si fuera poco, lo mismo acontece la tercera vez. Sólo que esta vez el Señor ya ha resuelto la situación y a pesar de su fragilidad humana ha optado por la voluntad de Dios; así que con voz firme y resuelta, dice: ¡Levantaos, vamos! Y así fue al encuentro del que lo entregaba, del traidor.

## DESNUDADOS AL MOMENTO DE LA VERDAD

(Marcos 14: 43-50)

*Luego, hablando él aún, vino Judas, que era uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los escribas y de los ancianos. Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle, y llevadle con seguridad. Y cuando vino, se acercó luego a él, y le dijo: Maestro, Maestro. Y le besó. Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron.*

*Pero uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. Y respondiendo Jesús, les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.*

Ésta será la penúltima experiencia que vivirán los discípulos de Jesús; el décimoséptimo fracaso en su intento de dar la medida que su Maestro espera de ellos.

Jesús no terminaba aún de hablar con sus discípulos cuando apareció Judas acompañado de mucha gente, con espadas y garrotes, a fin de arrestar al Señor y llevarle ante el sumo sacerdote. Judas es el único que lo conoce, pero él les ha dado una señal para identificarlo: «Al que yo bese, ése es». Y, en efecto, Judas acercándose a Jesús, le dice: «Rabí», y lo besó efusivamente. La multitud entonces le echó manos y lo prendieron.

Inmediatamente y de manera inesperada para nosotros, Pedro salta a la escena, desenvainando su espada y cortándole la oreja al criado del sumo sacerdo-

te. Lo que pasa es que Pedro está tratando de ser consecuente con sus promesas; está demostrando que efectivamente está dispuesto a dar su vida en defensa de su Maestro. ¡Bien por Pedro! Parece que está a punto de mostrar que Jesús estaba equivocado en sus apreciaciones anteriores.

Pero extrañamente Jesús no se defiende y se deja arrestar. Esto desconcierta a los discípulos y especialmente a Pedro. Ellos están dispuestos a recurrir a la violencia si es necesario, pero dejarse arrestar y entregarse en manos de la muerte, es demasiado para los discípulos. Defender a su Señor es una cosa, pero seguirlo en su muerte es otra. ¡Qué extraña e impredecible es la naturaleza humana!

Entonces, todos los discípulos, incluyendo a Pedro, dejándole, huyeron.

## EL DÍA DEL LLANTO AMARGO

(Marcos 14: 66-72)

*Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote; y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno. Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo.*

*Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos.*

*Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba.*

Llegamos así al clímax del fracaso humano. Veremos a Pedro llorar y como dice Mateo y Lucas, llorar amargamente. Creo que éste es el signo externo del fracaso total y absoluto. Quien no ha vivido este tipo de llanto, probablemente no ha «tocado fondo» todavía. Aún no desespera cabalmente de sí mismo. Todavía, en lo recóndito de su ser, alberga algún grado de confianza en sí mismo.

La historia comienza con Pedro siguiendo, desde lejos, al Señor que es conducido ante el sumo sacerdote. Pedro quiere ser fiel a su Maestro, intenta aunque sea de lejos permanecer a su lado. Arriesgándose entra al patio de la casa del sumo sacerdote y, buscando pasar inadvertido, se une al grupo de guardias del templo.

De repente Pedro es descubierto por una de las criadas del sumo sacerdote: «Tú estabas con Jesús el Nazareno». Pedro lo niega, diciendo: «No lo conozco, ni sé de qué hablas». Inmediatamente salió afuera de la casa, intentando escabullirse. Entonces cantó un gallo.

Nuevamente lo sorprende la sirvienta y vuelve a denunciarlo: «Este es uno de ellos». Mas Pedro de nuevo lo volvió a negar. La tercera vez, los que estaban a la entrada de la casa del sumo sacerdote lo reconocen. Entonces, Pedro en su desesperación por convencer a sus adversarios, comienza a maldecir<sup>24</sup> y a jurar: «¡No conozco a ese hombre de quien están hablando!».

En ese mismo momento cantó el gallo por segunda vez, y Pedro se acordó de las palabras que el Señor le había dicho. Según Lucas, lo que hizo que Pedro se recordara de las palabras de Jesús, fue que cuando el gallo cantó por segunda vez, Jesús desde adentro de la casa, se volvió y miró a Pedro. ¿Te imaginas lo que fue para Pedro esa mirada? ¿Cómo se habrá sentido? No obstante que debe haber sido una mirada de amor, seguramente lo desarmó por completo. La mirada de Jesús fue de esas miradas que te desnudan y te desploman.

---

<sup>24</sup> El verbo griego es *anatematizar*. Viene del término *anatema*.

## CONCLUSIÓN

Hasta aquí las 18 lecciones de discipulado que tienen en la persona de Pedro un final dramático. Terminan con un llanto amargo que no es otra cosa que expresión de un fracaso y decepción completas.

También hemos visto que este recorrido de reiterados fracasos y caídas no sólo interpretan a Pedro y compañía, sino también a nosotros. Sólo que en nuestro caso la situación es aún más dramática, toda vez que a diferencia de los primeros discípulos, en nosotros mora el Espíritu Santo desde el mismo día de nuestra salvación.

En efecto, ellos podrían esgrimir como excusa de sus fracasos el hecho que no tenían el Espíritu Santo. Pero esta excusa no vale para nosotros que estamos de este lado de Pentecostés. Nosotros gustamos del Espíritu desde el comienzo de nuestro llamado a seguir a Cristo<sup>25</sup>. ¿Cuál es, entonces, la explicación de nuestra impotencia a la hora de guardar los mandamientos de Jesucristo? El fracaso de ellos parece entendible, pero no el nuestro. En todo caso no se desespere ni se desanime, porque hay una explicación como veremos más adelante. Pero antes, volvamos a la historia de los primeros discípulos y veamos cómo termina.

Según el evangelio de Marcos los discípulos, concientes de la muerte de su Maestro, pero no de su resurrección, se encuentran tristes y llorando (16: 10). El Señor resucitado, por su parte, se ha aparecido primeramente a María Magdalena y en segundo lugar a

---

<sup>25</sup> Ef. 1: 13-14.

dos de ellos mientras iban al campo. Pero ninguno de los dos testimonios es recibido ni creído por los demás discípulos hasta que, finalmente, el Señor mismo tuvo que aparecerse a los once para convencerlos de su resurrección.

Según el evangelio de Juan tres veces se presentó vivo a sus discípulos. Una vez, cuando Tomás no se encontraba presente, otra, cuando Tomás sí estaba presente y, la tercera vez, cuando siete de ellos se encontraban pescando. El apóstol Juan, uno de los siete, registra en su evangelio un hecho interesante que puede ayudarnos a ver qué tanto los discípulos han aprendido la lección y qué tan vaciados de sí mismos se encuentran.

Juan dice que esa noche que salieron a pescar, no pescaron nada. Cuando está amaneciendo se presenta Jesús en la orilla de la playa y les pregunta: «Hijitos, ¿tenéis algo de comer?» No, le respondieron. Entonces, Jesús les dice: «Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis». Y aquí viene lo interesante. Sin preguntar nada, sin cuestionar y sin argumentar<sup>26</sup>, dice Juan que simplemente echaron la red, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Usted seguramente está diciendo ¡Aleluya! por el milagro, pero yo digo ¡Aleluya! no por el milagro, sino por la sencilla, simple y pura obediencia de los discípulos. Esta obediencia, sencilla y crédula como la de un niño, es de gran estima delante de Dios y le ha tomado al Hijo de Dios ni más ni menos que tres largos años y medio forjarla en sus discípulos<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Comparar con Lucas 5: 5.

<sup>27</sup> Nótese que según Juan los discípulos ya han recibido el Espíritu Santo (20: 22).

Pero si a usted aún no le parece extraordinario que los discípulos puedan manifestar esta clase de obediencia, tome en cuenta que Juan advierte que, cuando los discípulos obedecieron al hombre que les hablaba desde la playa, no sabían que era Jesús (21: 4). ¡Aleluya! ¿Qué ha pasado? Que los discípulos están tan quebrantados, sin ninguna confianza en sí mismos, que pueden sin ninguna dificultad obedecer a «cualquiera».

Queda, no obstante, una conversación pendiente entre Jesús y Pedro, de la cual da cuenta el apóstol Juan en su evangelio, que nos mostrará con absoluta claridad el gran cambio que se ha producido en los discípulos.

Una vez que desayunaron con Jesús en la orilla de la playa, él se dirigió a Pedro con la siguiente pregunta: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo». Lo interesante es que cuando Jesús pregunta ¿me amas? está usando el verbo «agapao»; Pedro, en cambio, cuando responde «te amo» usa el verbo «fileo».

## **AGAPAO Y FILEO**

«Agapao» y «Fileo» son dos verbos griegos que se traducen habitualmente como «amar». De «agapao» proviene el sustantivo «ágape» que significa «amor» en castellano. «Fileo», por su parte, viene de «filos» que se traduce «amigo» en español. Aunque ambos verbos pueden traducirse como «amar», la verdad es que no son sinónimos. En efecto, «agapao» y «fileo» denotan dos clases de amores diferentes y, en rigor, sólo «agapao» debiera traducirse por «amar» mientras que «fileo» debiera traducirse, más bien, como «que-

rer». Más aún, cuando en la revelación del Nuevo Testamento ambos verbos adquieren una connotación especial. En efecto, los escritores del Nuevo Testamento reservan el verbo «agapao» preferentemente para referirse al amor de Dios, en tanto que «fileo» aparece más bien en relación con el amor humano. De esta manera, pareciera que la intención de los escritores inspirados del Nuevo Testamento es establecer que solamente la naturaleza divina es capaz de conjugar el verbo «agapao». La naturaleza humana, en cambio, tendría como máximo potencial únicamente el amor «fileo».

Veamos entonces esta limitación de la naturaleza humana y por qué «fileo» debiera traducirse más bien como «querer», en lugar de «amar». La vida del apóstol Pedro ilustrará perfectamente esta situación. En el evangelio de Juan, Jesucristo enseñó una máxima tremenda; él dijo: «Nadie tiene mayor amor (*gr. Ágape*) que éste: Que alguien ponga su alma a favor de sus amigos» (15:13). De este texto se desprenden dos cosas: 1) El amor ágape es el mayor amor; 2) El amor ágape haya su máxima expresión en el acto de dar la vida (poner el alma). El punto es que Jesucristo afirma cuatro veces en este evangelio que él da la vida (el alma) en favor de sus ovejas (10: 11, 15, 17, 18). Por eso, dice: «Yo soy el buen pastor» y «Por eso me ama el Padre».

Ahora bien, durante la última noche que pasó Jesús con sus discípulos (Juan 13), él, anticipando el momento de la cruz, advierte a sus discípulos que adonde él va, ellos no pueden ir. «¿Y a dónde vas, Señor?» – preguntó entonces Simón Pedro. Jesús le reitera: «Adonde yo voy, no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde». Pedro entonces, en un sincero intento por **imi-**

tar a su Maestro insiste en la pregunta: «¿Por qué no puedo seguirte ahora? **Mi vida daré por ti**». Jesús replica: «¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces».

Sólo un hombre que no se conoce a sí mismo podía atreverse a decir: «¡Mi vida daré por ti!». Pero como Jesús estaba resuelto a que Pedro más adelante sí pudiera seguirlo, permitiría que éste sufriera el revés más grande de su vida. Para que algún día Pedro llegara a estar capacitado para seguir a Cristo hasta la muerte, debía necesariamente ser quebrantado. Y, en efecto, cuando aquella noche aún no terminaba, Pedro ya había negado a su Señor. Para Pedro todo el intento de imitar a su Maestro terminó en un lloro amargo (Mt. 26: 75).

Por ello, cuando el Señor Jesucristo resucitado volvió a encontrarse con Pedro y tuvo esta nueva conversación con él, Pedro no se atrevió a responder a su Maestro con el verbo «agapao». ¿Qué ha pasado? Lo que ha pasado es que Pedro ha aprendido la lección. Él, todavía no tiene ese amor mayor que hace poner la vida por los amigos. El Señor lo sabe y ahora también lo sabe Pedro.

Vuelve el Señor a preguntarle por segunda vez: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo». Nuevamente el Señor pregunta con el verbo «agapao» y, otra vez, Pedro responde con el verbo «fileo». El Señor busca asegurarse que Pedro efectivamente haya aprendido la lección.

Pero ¿Qué quiere decir Pedro al responder con el verbo «fileo»? Este verbo se traduce, a veces, como

«besar» (Mt. 26:48; Mr. 14:44; Lc. 22:47). «Fileo» es mostrar cariño; es tener afecto por alguien. Por eso, las versiones modernas de la Biblia cambian la expresión de Pedro «te amo» por «te quiero». «Fileo» es «querer», es un deseo. En definitiva, lo que Pedro quiere decir con su respuesta es: «Sí, Señor; deseo amarte»; «Sí, Señor; quiero amarte». Esto, es lo máximo que la naturaleza humana puede ofrecer. El amor ágape es únicamente fruto del Espíritu.

Pero volvamos al relato. Jesucristo le pregunta la tercera vez: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas?». A primera vista pareciera que la tristeza de Pedro se debió al hecho de que el Señor preguntara **por** tercera vez lo mismo. Pero no es así. La tristeza de Pedro se debió a que **la** tercera vez el Señor usó el verbo «fileo» y no el verbo «agapao». En otras palabras, la tristeza de Pedro se debió al hecho de que el Señor puso el dedo en la llaga. Parafraseando, el Señor preguntó la tercera vez: «Simón, hijo de Jonás, según tus propias palabras, ¿tú solamente me tienes cariño?»; «Simón, hijo de Jonás, ¿De tus palabras debo entender entonces que sólo me tienes afecto? Pedro, entristecido al verse enfrentado con su pobre realidad humana, no dice esta tercera vez: «Sí», sino: «Señor, tú lo sabes todo; tú conoces que sólo te quiero».

No obstante, en los siguientes días la vida de Pedro cambiará maravillosamente. Este será lleno del Espíritu Santo y del amor (gr. Ágape) de Dios (cf. Rm. 5:5). La historia bíblica dice que Pedro amó al Señor Jesucristo con todo su ser y, la historia secular, afirma que dio la vida por su Señor: Murió crucificado. Amén.



## II

# LA ESPERA

Cuando el fracaso es total, como el que vivieron los discípulos de Jesús, el efecto es tan contundente y lapidario que te paraliza y te deja sin fuerzas para intentar nada. Así seguramente se sentían los discípulos. Por ello, al Señor, una vez resucitado, le significó varias apariciones levantarlos del polvo. Al «Paz a vosotros» fue necesario que le seguieran pruebas indubitables de la resurrección de su Maestro que terminaran por convencerlos definitivamente.

Luego, vinieron de parte del Señor las instrucciones que nosotros conocemos como «la gran comisión», y que están presentes en los cuatro evangelios. No obstante, solo el evangelista Lucas, precisa que las instrucciones dadas por el Señor no significaban actuar inmediatamente. Según Lucas, Jesús estableció un gran

«PERO» antes de salir a trabajar: «... pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta...». ¿Cuál es la razón de este «pero»? «He aquí», dijo Jesús, «yo enviaré la promesa de mi Padre». Según Lucas, la promesa del Padre consistiría en ser investidos de poder desde lo alto<sup>1</sup>.

Con mayor claridad aún lo dice Lucas en su segundo tratado, el libro de los Hechos. Allí dice que Jesús les **mandó** que no se fueran de Jerusalén, sino que **esperasen** la promesa del Padre (1: 4). Sin la promesa del Padre no deberían hacer nada. De esta manera, al fracaso le sigue, entonces, la espera. Por lo demás ¿qué sentido tendría que después del fracaso vivido, los discípulos -sin más- fuesen comisionados? Sería más de lo mismo: seguir fracasando. Ellos necesitan las fuerzas de Otro si han de salir a servir a su Señor. Esas fuerzas son ni más ni menos que las del Espíritu Santo. No deben, pues, moverse de Jerusalén hasta que haya venido sobre ellos el Espíritu Santo. Recién, entonces, podrán ser testigos (mártires) de Cristo, no sólo en Jerusalén, sino en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.

---

<sup>1</sup> Lucas 24: 49.

## *NUESTRA SITUACIÓN*

Y en este punto sería bueno hacer un paréntesis para explicar nuestra situación. Dijimos anteriormente que nuestro estado era más dramático que el de los discípulos, porque nosotros, a diferencia de ellos, gustamos del Espíritu Santo desde el comienzo de nuestra vida cristiana. Por lo tanto, ¿cómo se explica nuestro fracaso? Nuestra vida cristiana no comprende una etapa sin el Espíritu Santo como en el caso de los discípulos. De manera que si el fracaso de los discípulos podría explicarse por el hecho de no tener al Espíritu Santo morando en ellos ¿cómo se explicaría, entonces, el fracaso en nuestro caso? Bueno, hay una explicación. Veamos.

Nuestro gran error ha sido pensar que por tener al Espíritu Santo desde el mismo momento de nuestra conversión, estábamos eximidos de pasar por la experiencia del fracaso. Claro, este error fue inconciente, pero fue error al fin y al cabo. En efecto, en una total ignorancia y en un desconocimiento de nuestra naturaleza, nosotros pensamos que una vez recibido el Espíritu Santo no deberíamos tener ningún problema en seguir al Señor, desconociendo así el hecho fundamental de que la interacción del Espíritu Santo es directamente proporcional a la disminución del protagonismo de nuestro yo. No pueden estar en pie ambos. O estamos en pie nosotros o lo está el bendito Espíritu Santo.

La gran diferencia entre los discípulos y nosotros es que cuando ellos recibieron el Espíritu Santo estaban, por acción y obra de los continuos fracasos, vaciados de sí mismos; nosotros, en cambio, cuando fuimos llenos del Espíritu estábamos también llenos de nosotros

mismos. Así que paralelamente a la llenura del Espíritu tuvimos que ir gradual y progresivamente siendo vaciados de nosotros. Esto es como tener que llenar una bodega con cajas de un nuevo producto. Una cosa es encontrar la bodega vacía y otra muy distinta hallarla llena de otros productos. En este último caso, la bodega sólo se podrá ir llenando con el producto nuevo en la medida que se vaya vaciando del producto anterior.

Los creyentes que nos encontramos de este lado de Pentecostés tenemos el bendito Espíritu Santo desde el mismo momento de nuestra salvación, sin embargo, para que el Espíritu pueda ir tomando control de nuestras vidas necesitamos ir siendo desalojados de nosotros mismos. Y en la misma medida que vamos siendo puestos en segundo lugar, el Espíritu va tomando control de nosotros. En otras palabras, lo que los discípulos tuvieron que vivir en dos etapas claramente separadas, nosotros las tenemos que vivir simultáneamente.

Nuestro error fue pensar que **nosotros podíamos** con la ayuda del Espíritu Santo, en lugar de reconocer que la vida cristiana es el Espíritu Santo viviendo por medio de nosotros. Y así, una vez salvos, rápidamente procuramos nosotros manifestar lo bueno por medio de nuestro esfuerzo, en lugar de permitir que la vida nueva que habíamos recibido se manifestase. Lo peor de todo, sin embargo, es que en nuestro esfuerzo por agradar a Dios –en una verdadera, aunque inconsciente, competencia con el Espíritu- nuestro yo toma el lugar de la vida nueva y la deja relegada a un segundo plano. Y así, aunque tenemos el Espíritu Santo, la derrota pasa a ser tristemente nuestra realidad. Por lo

tanto, si vamos a llegar a ser victoriosos algún día, necesariamente nuestro yo deberá ser debilitado, quebrantado y colocado en segundo lugar.

Más que acción de nuestra parte se requería, pues, rendición; más que esfuerzo, docilidad. En el seguimiento de Jesús lo que más importa no es si tenemos al Espíritu, sino cuánto el Espíritu nos tiene a nosotros. Porque en la medida que él nos tiene a nosotros, en esa misma proporción el Espíritu tiene libertad para morar o actuar a través de nosotros. La vida cristiana no consiste en que nosotros ayudemos a Dios. Es muy cierto que debemos ayudarnos unos a otros, pero Dios no necesita nuestra ayuda. El es todo suficiente. Pero tampoco la vida cristiana consiste en que Dios nos ayude a nosotros. Este punto muy pocos lo llegan a entender. Así como a Dios no le interesa nuestra ayuda, tampoco le interesa ayudar a nadie, porque esto último significaría que nosotros seguimos viviendo y teniendo el protagonismo de nuestra vida. No, lo que el Señor está dispuesto a hacer es él tomar el control de nuestra vida y ponernos en segundo lugar. Por supuesto que el Señor no nos impone su voluntad; espera nuestra rendición.

Ignorábamos, pues, verdades tan fundamentales como «ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí»<sup>2</sup>. «...nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu»<sup>3</sup>. «...los que en espíritu servimos a Dios... no teniendo confianza en la carne»<sup>4</sup>. Etc.

Ahora podemos, entonces, entender algo que siempre nos llamó la atención. ¿Por qué la venida del Espí-

---

<sup>2</sup> Gálatas 2: 20.

<sup>3</sup> Romanos 8: 4

<sup>4</sup> Filipenses 3: 3

ritu Santo sobre los discípulos significó algo tan distinto a la venida de él sobre nosotros? Es como si ellos hubiesen recibido un Espíritu diferente al nuestro. Claro, ahora entendemos que la diferencia no estaba en el glorioso y bendito Espíritu Santo, sino en nosotros. Los discípulos estaban vaciados de sí mismos al momento de ser llenos del Espíritu; nosotros, en cambio, no. Ellos, se encontraban derribados; nosotros de pie. Nosotros, en lugar de estar rendidos y dóciles, hemos competido permanentemente con el Espíritu. En este esquema, lo más espiritual que cabía hacer era permitirle al Espíritu que nos ayudara. ¡Qué presunción!

Todo esto, además, agravado por un evangelio que nos impelía permanentemente a la acción. «Tú puedes, tienes el Espíritu Santo»; «Querer es poder»; «Adelante, eres capaz»; «Esfuézate»; «Lucha». Este evangelio no sólo hizo que nuestra vida cristiana fuese aún más dolorosa y frustrante, sino que además logró que el proceso de quebrantamiento, en lugar de tres años y medio, durara treinta o cuarenta años. Y quizás lo más triste: ¡Cuántos quedaron tirados en el camino una vez que concluyeron, después de uno y otro fracaso, que no eran aptos!

Pero ¿existe algún ejemplo bíblico que podamos levantar como paradigma de esta dolorosa pero a la vez gloriosa experiencia? Por supuesto que sí. Atendamos al propio testimonio del apóstol Pablo en Romanos 7.

## EL TESTIMONIO DE PABLO

(7: 14-25)

*Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual. Pero yo soy meramente humano, y estoy vendido como esclavo al pecado. No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo en que la ley es buena; pero, en ese caso, ya no soy yo quien lo lleva a cabo sino el pecado que habita en mí. Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí. Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal. Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios; pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo. ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librá de este cuerpo mortal? ¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor! En conclusión, con la mente yo mismo me someto a la ley de Dios, pero mi naturaleza pecaminosa está sujeta a la ley del pecado.*

Establezcamos, en primer lugar, que Pablo al igual que todos los creyentes que están de este lado de Pentecostés, tenía el Espíritu Santo desde el mismo momento de su salvación. Así lo afirmó Ananías cuando lo visitó: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado»<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Hechos 9: 17-18.

Si quedare alguna duda al respecto, considérese el propio relato de Pablo de su conversión, donde dice que Ananías le preguntó: «...¿Por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre»<sup>6</sup>.

En segundo lugar, consideremos el lugar teológico que ocupa el capítulo siete dentro de la epístola a los Romanos. En una mirada superficial pareciera que el capítulo siete está mal ubicado. En efecto, al capítulo seis de Romanos lo sigue de una manera natural y lógica el capítulo ocho y no el siete. Pero a decir verdad, el capítulo siete no está mal ubicado. Lo que sucede es que Pablo nos quiere dejar constancia explícita que lo ocurrido en el capítulo siete, le aconteció cuando ya era cristiano y no antes. Si lo dicho por Pablo en el capítulo siete estuviese antes del capítulo seis, probablemente podríamos inferir que aquello le ocurrió cuando no era creyente en Jesucristo.

Aunque según el capítulo seis, Pablo se sabe justificado y ha recibido la revelación objetiva de la cruz y de la liberación del pecado, no obstante, en el capítulo siete experimenta el fracaso total y absoluto. Suficiente testimonio son las siguientes expresiones:

*«No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco».*

*«Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo».*

*«Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios; pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo. ¡Soy*

---

<sup>6</sup> Hechos 22: 16.

*un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?».*

Si ésto no es fracaso total y absoluto, entonces no sé qué cosa lo sea.

Pero ¿qué le aconteció a Pablo? Lo mismo que nos ocurrió a nosotros. El fracaso le sobrevino cuando, una vez salvo, se levantó para agradecer a Dios. El problema fue que lo intentó hacer en el poder de sus fuerzas; en otras palabras, en el poder del yo<sup>7</sup>. Esto es lo que Pablo llama «andar en la carne». ¿Cómo lo sabemos? Porque, según el capítulo ocho, Pablo experimentó la victoria cuando aprendió a *andar* en el Espíritu. Observemos las declaraciones exactas y precisas al respecto:

*«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (8:1).*

*«para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (8:4).*

*«Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu» (8:9).*

*«Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (8:14).*

Recibir el Espíritu es garantía de salvación pero no necesariamente de victoria, a menos que hayamos aprendido a andar en el Espíritu. Pablo gozaba de la morada del Espíritu desde su conversión, pero hasta que no entró en la experiencia del capítulo ocho, el fracaso fue la experiencia recurrente. Este es su testimonio.

Pablo, al igual que nosotros, pensó que ahora que

---

<sup>7</sup> Ocho veces Pablo menciona el «yo» en Romanos 7: 7-25.

había recibido el Espíritu, *él* podría agradar a su Señor. No entendía aún que su yo debía ser destronado primero si pretendía hacer la voluntad de Dios. Sólo el fracaso nos conduce a esta experiencia y puede, por tanto, introducirnos a la realidad del poder del Espíritu. Tener el Espíritu es una cosa, pero andar en el Espíritu es otra. La primera dice que somos salvos; la segunda atestigua que somos victoriosos. Los gálatas tenían vida nueva por gracia y por el Espíritu, no obstante, querían perfeccionarse por la carne. Pablo les dice que esto es un error:

*«Después de haber comenzado con el Espíritu, ¿pretenden ahora perfeccionarse con esfuerzos humanos? (3:3).*

No solamente la justificación es por la fe, sino también la santificación. Esta es la teología paulina. La santificación también es por la fe. Pero ¿qué significa decir que la santificación es por la fe? En lo negativo, significa que la santificación no es por obras o por esfuerzos humanos; sin embargo, en lo positivo, significa que la santificación es por medio del Espíritu. La fe se relaciona directamente con la persona del Espíritu Santo. Declarar, pues, que la santificación es por la fe significa declarar que la santificación es por el Espíritu.

«Por la fe», según Pablo no puede significar solamente creer una verdad objetiva y confesarla. No, ello no será suficiente sin la realidad del Espíritu. Este es el caso de la llamada «confesión positiva».

¿Cuál es entonces la solución que les da Pablo a los gálatas?

*«Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (5:25).*

«Andar en el Espíritu» es la respuesta de Pablo al

problema de los gálatas. Ellos tenían el Espíritu, sin embargo, no andaban en el Espíritu. Son, pues, dos experiencias distintas. Solo la segunda nos hace victoriosos, porque desde el punto de vista de la experiencia, dice Pablo, que únicamente al ser guiados por el Espíritu, no estamos bajo la ley<sup>8</sup>.

### *EN QUÉ CONSISTE ESPERAR*

Cuando el fracaso es completo, la espera es natural y espontánea. Pero ¿cuánto durará? Nadie lo sabe. Todo lo que Jesús ha dicho es que «...dentro de no muchos días». En el caso de los discípulos aquella espera duró diez días. Pero esos «diez días» para otros puede y pudo significar varios meses e incluso años. El punto es que a la muerte que encierra el fracaso debe necesariamente seguirle una resurrección, esto es, ser levantados por las fuerzas de Otro. Hasta que no ocurra eso, no hay nada que se pueda hacer: Sólo esperar.

Pero esta espera no es pasividad ni tampoco inactividad. Esperar tiene que ver con esperanza, con tener expectativas. Por ello, Lucas indica que una vez vueltos a la ciudad de Jerusalén, subieron al aposento alto a esperar la promesa del Padre. Se encontraban allí reunidos los once apóstoles, las mujeres, María, la madre de Jesús y sus hermanos.

Todos éstos, según Lucas, «perseveraban unánimes en oración y ruego». Y «cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos». Aquí está claramente explicitado lo que significa «esperar»:

---

<sup>8</sup> Gálatas 5: 18.

**PERSEVERABAN<sup>9</sup>**

Los reunidos no sabían cuánto tiempo tomaría la espera, así que perseveraron. Perseverar es la primera característica de una «espera» netamente espiritual, y es natural y espontánea en la medida que es fruto de un fracaso total y completo. Porque ¿qué otra cosa se puede hacer cuando no quedan fuerzas para emprender nada? Sólo esperar y perseverar en esa espera. No importa el tiempo que tome, si diez días o un año, no hay otra cosa que hacer que esperar. El Nuevo Testamento Interlineal en lugar de perseverar traduce «dedicarse asiduamente». Este verbo aparecerá también en Hechos 2: 42, 46; 6: 4. Conlleva las ideas de sostenerse en algo con valentía, con fuerza, con poder, con potencia.

**UNÁNIMES<sup>10</sup>**

«Unánimes» significa «con el mismo ánimo». Otras versiones dicen «en un mismo espíritu». Quiere decir «estar todos en lo mismo». El término griego «Omothumadón» aparecerá también en Hechos 2:46; 4: 24; 5: 12; 15: 25. Esta es la segunda característica de una espera espiritual. Perseverar es una cosa, pero perseverar unánimes es otra. Se observa por los textos aquí mencionados que estas dos características los discípulos las mantuvieron en el tiempo. Se convirtieron en su estilo de vida y no podía ser de otra manera; pero ellas fueron forjadas en los discípulos durante la espera.

---

<sup>9</sup> Griego «proskartereo».

<sup>10</sup> Griego «Omothumadón».

## *JUNTOS*

«Juntos» indica que la espera no debe ser hecha en forma individual, sino colectiva y corporativa. Y la razón es muy simple: El esfuerzo cuando es colectivo produce sinergia. Por tanto, una cosa será intentar perseverar solos y otra muy distinta será perseverar juntos. Individualmente no perseveraremos lo suficiente; juntos sí. Esta tercera característica también se convertirá en un principio de vida permanente entre los discípulos y los primeros hermanos (2: 44, 46; 3: 1).

## *EN ORACIÓN Y RUEGO*

Llegamos así a la cuarta y última característica de la espera, la más importante de ellas. Juntos y dedicados asiduamente a lo mismo fue como nos revela la Escritura que esperaron los discípulos del Señor la venida del Espíritu Santo. Pero la pregunta es: ¿Juntos y dedicados asiduamente a qué? A la oración. La espera de la intervención poderosa del Espíritu Santo se hace en oración y ruego. Las tres características anteriores están dichas en relación y en función de la oración.

Perseveraban en oración, estaban unánimes en la oración y en lo tocante a ella, estaban juntos orando. Perseveraban juntos y unánimes en oración y ruego delante del Señor. En esto consiste esperar.

Por lo tanto, un fracaso total y absoluto debe necesariamente conducirnos finalmente a la oración. Si no es así o la oración no surge como necesidad, querría decir inequívocamente que nuestro fracaso aún no es total y completo. Digámoslo una vez más con todas

sus letras y con toda honestidad: Si los fracasos en nuestra vida cristiana no nos conducen a la necesidad imperiosa de la oración y el ruego, es porque todavía no hemos «tocado fondo». Cualquier otro resultado que no sea la oración, será indicador de que nuestro proceso de fracaso aún no ha terminado. Hasta entonces todo será parcial. La medida de mi fracaso determina el nivel de oración en mi vida cristiana y, en consecuencia, el grado de libertad que tendrá el Espíritu Santo para actuar sin oposición ni resistencia de mi parte. Finalmente, el grado de fracaso será, pues, directamente proporcional al grado de victoria que experimentaré.

Pero ¿por qué es tan importante la oración? Porque es por medio de ella que manifestamos nuestra dependencia del Señor Jesucristo. La vida cristiana es como tener que caminar sobre las aguas del mar. Como ello es imposible para nosotros humanamente, al igual que lo era para Pedro, necesitamos una palabra del Señor que nos permita, nos capacite y nos mande ir a él sobre las aguas. Pero no sólo eso. Necesitamos tener los ojos puestos en Jesús permanentemente, de lo contrario, al igual que Pedro, comenzaremos a hundirnos. La espera es, pues, una etapa y un principio de vida. En la espera como una etapa de nuestra vida cristiana, los discípulos perseveraron en oración y ruego durante diez días. Sin embargo, posteriormente hicieron de la oración algo en lo que había que perseverar constante y continuamente<sup>11</sup>. A esto nos referimos cuando decimos que la espera no fue sólo una etapa en la vida de los discípulos, sino también un principio de vida.

En estos días, en el preciso momento que escribía

---

<sup>11</sup> Ver Hechos 6:4; Romanos 12:12; Efesios 6:18; Colosenses 4:2. En los cuatro casos aparece el verbo «proskartereo» de Hechos 1:14.

esta parte del libro y por esas «casualidades» del Señor, llegó a mis manos un libro que habla precisamente de la necesidad de hacer de las características de la espera un principio de vida. En él, el autor dice: «A menudo encuentro personas que me dicen que simplemente no entienden su situación. Me explican que hace algunos años llegaron al punto de renunciar a todo intento de salvarse por sus propios medios o esfuerzo, y que efectivamente hallaron la victoria. Y no me cabe duda; estoy seguro de que varios años atrás llegaron al límite de sí mismos; «tocaron fondo». El problema es que no están «tocando fondo» en el momento en que hablan conmigo»<sup>12</sup>.

¿Te das cuenta? Si la dependencia del Señor y de su Espíritu no es permanente, tampoco lo será la victoria. Si la «espera» es sólo una etapa en tu vida, una vez que alcances la victoria dejarás, entonces, de confiar en el Señor y más temprano que tarde volverás a conocer la derrota.

En otras palabras, todos somos como Maradona, el famoso jugador de fútbol de Argentina: Enfermos crónicos, que jamás podemos «darnos de alta». Nunca jamás seremos libres de la «dependencia» del pecado. Por esta razón, nunca jamás debemos librarnos de la dependencia del Señor; solamente permaneciendo así, seremos permanentemente victoriosos. La razón última del por qué esto es así, es lo siguiente: El Señor está más interesado en conquistarnos que en hacernos victoriosos. Él quiere hacernos suyos eternamente. Por lo tanto, todo lo diseñó de forma tal que de una u otra manera todas las cosas nos conduzcan finalmente a él. Fuera de él todo es transitorio para que finalmente

---

<sup>12</sup> Wells Michael, «Perdido en el desierto», pág. 168.

volvamos a Dios. Si nuestro interés es mayor por las cosas de él, que por él mismo, el Señor no se dejará usar ni manipular. Por un tiempo nos dará lo de él, pero sin él esas cosas no serán jamás definitivamente nuestras. El Señor quiere hacernos dependientes permanentes de él, para hacernos suyos eternamente. ¡Aleluya!

Pues bien, esa dependencia permanente de nuestro Maestro se hace práctica y real a través de la oración. En otras palabras, si el fracaso no nos conduce a Cristo y a tomarnos asiduamente de él, quiere decir, entonces, que todavía no hemos menguado lo suficiente.

Según Pablo, la pedagogía divina usada por Dios en el Antiguo Testamento ilustra perfectamente este punto. Veamos.

### **LA PEDAGOGÍA DIVINA**

Según Pablo, Dios concedió la herencia a Abraham y a su descendencia por medio de la Promesa y no a través de la ley que vino 430 años después. La pregunta entonces es: ¿Para qué les dió la ley? Si ella, según Pablo, no podía vivificar ¿cuál podría ser entonces el sentido de dársela a Israel? Bueno, había en Dios un propósito que nos sorprende. Él, que había determinado dar su justicia por medio de la fe, añadió la ley en un momento de la historia de Israel con la finalidad de que precisamente ella preparara al pueblo de Dios para la fe.

¿Cómo es esto? Dios desde siempre sabía que su justicia sólo podía ser recibida como un don, como un regalo. Pero el hombre no lo sabía. También sabía Dios que el hombre, por su naturaleza, trataría de merecer-

la o hacer de ella un logro propio, en lugar de alcanzarla por la fe. Por lo tanto ¿Cómo preparar a Israel para la fe? Por medio de la ley, que decía precisamente: «El que hiciere estas cosas vivirá por ellas».

En otras palabras, Dios les dió la ley para que Israel en su mejor y sincero intento por guardarla, descubriera que no podía cumplirla y, así, entendiera que la única forma de ser justificado es por medio de la fe y no por las obras de la ley. En definitiva, Dios les dió la ley por alrededor de 1.500 años para que fracasaran en su intento por merecer la justicia de Dios.

Pablo lo dice magistralmente de esta manera: «La ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo». La ley, al igual que un buen pedagogo, nos enseñó que éramos pecadores y que necesitábamos un Salvador. Así, nos condujo a Cristo. ¿Te das cuenta? El fracaso en guardar la ley trajo a Israel a Cristo. Este es el punto que venimos diciendo: Un verdadero fracaso nos conduce necesariamente a Cristo. Luego, en él, por él y bajo él, experimentaremos la vida nueva.

Estar bajo la ley es el intento -fracasado, por cierto- de agradar a Dios en nuestras fuerzas y el resultado final que Dios espera es que quedemos vaciados de nosotros mismos en nuestro espíritu. Sólo de esta manera nos alcanza la bienaventuranza prometida a los «pobres en espíritu».

## LOS POBRES EN ESPÍRITU

*«Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».*

La pobreza en general significa «carencia», sea esta material o espiritual. Lucas habla simplemente de pobres, mientras que Mateo se refiere a los pobres en espíritu. Cada uno aborda el tema de la pobreza desde un ángulo distinto. Lucas se refiere a la pobreza material y Mateo a la pobreza espiritual.

En efecto, Lucas no sólo habla simplemente de pobres, sino de hambre y de llanto -sin calificarlos. En Mateo, en cambio, estas condiciones se encuentran espiritualizadas. Aquí los pobres son pobres en espíritu; y los que tienen hambre, tienen hambre y sed de justicia. Que Lucas se está refiriendo a la pobreza material queda, finalmente, confirmado por los cuatro ayes que agrega a las bienaventuranzas, y que son precisamente las condiciones opuestas a ellas: ¡Ay de vosotros ricos! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Por lo tanto, en Lucas, Jesús, atendió la pobreza material. ¡Qué bueno que a Jesús la pobreza material no le es indiferente! Él trajo las buenas nuevas del evangelio también a ellos.

En Mateo, en cambio, Jesús atendió la pobreza espiritual. Aquí no solo están espiritualizadas las bienaventuranzas, sino que definitivamente son presentadas como virtudes, como cualidades positivas. Los dichosos son pacificadores, son de limpio corazón, son misericordiosos, son mansos, tienen hambre y sed, pero de justicia. En Lucas son carencias; en Mateo son vir-

tudes. En Lucas son carencias negativas; en Mateo son cualidades positivas.

Por lo tanto, cuando llegamos a las dos primeras bienaventuranzas de Mateo: Dichosos los pobres en espíritu y bienaventurados los que lloran ¿cómo las hemos de interpretar? Por el contexto entonces inferimos que el llanto al que se refiere Mateo es distinto al llanto que menciona Lucas. En Mateo «llorar» también es una virtud; en Lucas, en cambio, el llanto al que se refiere es aquel que se produce por el sufrimiento. En esta línea de pensamiento la pobreza espiritual no es, pues, una carencia negativa, sino una virtud cristiana.

En conclusión, Lucas describe el estado en que Jesús encuentra al mundo cuando le trae el evangelio y Mateo, en cambio, describe el carácter cristiano de aquellos en quienes ya ha operado el evangelio. La pobreza espiritual en Mateo no es, pues, la condición en que encuentra Dios al pecador perdido, sino una cualidad que deben manifestar los discípulos de Cristo y que de poseerse es motivo de felicidad.

¿En qué consiste, pues, esta virtud? Para contestar esta pregunta miraremos a aquel que fue por excelencia pobre en espíritu. Me refiero a nuestro Señor Jesucristo. Pero antes, preguntémonos ¿dónde se habrá inspirado nuestro Señor para destacar y poner en primer lugar esta fundamental bienaventuranza? Obviamente en la palabra de Dios del Antiguo Testamento que él conocía perfectamente. Probablemente, fueron las palabras del profeta Isaías que inspiraron a Jesús para declarar: «Bienaventurados los pobres en espíritu». Veamos: En el 57: 15, Dios dice:

*«Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de*

*los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados».*

¡Qué tremendo! El Alto y Sublime, habita en la altura y la santidad. Es lo que corresponde y es propio de él. Lo asombroso, sin embargo, es que Dios, siendo tan grande y tan santo, habita también con el quebrantado y humilde de espíritu. Dios no habita con el soberbio, con el autosuficiente. Al altivo, él lo mira de lejos. Pero al contrito y humilde de espíritu, Dios lo visita para vivificar su espíritu y hacer vivir su corazón. De ellos, como dijo Jesús, es el reino de los cielos.

Pues bien, Jesucristo encarnó perfectamente esta virtud, que es la primera de las bienaventuranzas y la clave fundamental para manifestar las demás. En los días de su carne, Jesús declaró:

*«De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo...» (Juan 5: 19).*

Esto es ser humilde o pobre en espíritu. Es la desconfianza absoluta en nuestros propios y limitados recursos que nos conduce a no hacer cosa alguna sin Dios. Jesús, que no estaba engañado en lo absoluto por el pecado, sabía mejor que nadie que la Vida que él traía al mundo no se podía vivir en las fuerzas de la carne. Ni siquiera él estaba exento de aquel hecho. Jesús, a diferencia de nosotros, no necesitó de ayo alguno que lo trajera al conocimiento de esta verdad, pues él nunca estuvo engañado por el pecado. Los pobres en espíritu conocen, entonces, la impotencia de su carne, la corrupción y malignidad de ella<sup>13</sup>. Así que, al igual que Cristo, han tomado una decisión radical: No hacer nada por sí mismos.

---

<sup>13</sup> Detrás de la carne siempre está el yo que busca gloria.

Esta decisión, en el caso de Jesucristo, fue absoluta y lo acompañó durante toda su vida terrenal. En nuestro caso, lamentablemente es relativa y parcial. Si la decisión de Jesús no hubiese tenido esas características, con toda seguridad él también habría pecado y se habría convertido en un ser caído más. Mas, nuestro bendito Señor, consciente de esta verdad, vivió siempre apegado a su Padre por medio del Espíritu Santo y nunca hizo nada por sí mismo.

Posteriormente, Pablo lo dirá así:

*«Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros **con** su pobreza fuéseis enriquecidos»*  
(2 Corintios 8:9).

«Siendo rico, se hizo pobre» ¿A qué pobreza se refiere el texto? ¿A la pobreza material o a la espiritual? Muchos han querido ver aquí una referencia a la pobreza material de Jesús. A decir verdad considero de relativa importancia discutir ese punto. Pero el texto es bastante claro con respecto a la pregunta inicial que nos hemos hecho. El texto dice que Jesús se hizo pobre para que *con* su pobreza fuésemos enriquecidos. ¿Te das cuenta? Nos enriqueció con su pobreza. Por lo tanto, Pablo no puede estar refiriéndose a la pobreza material de Jesús, sino a su pobreza espiritual. Él, nos enriqueció con su pobreza espiritual. Jesús, en su calidad divina (siendo rico), podría haber hecho todas las cosas por sí mismo y no necesitaba depender de nada y de nadie. Él es Dios. Sin embargo, Jesús en su calidad de hombre se hizo pobre y no hizo nada por sí mismo a fin de que el resto de los hombres fuésemos enriquecidos con su secreto espiritual y aprendiésemos de su ejemplo a vivir la vida cristiana como él la vivió.

Recordemos por lo demás que esta es la única manera posible de vivir la vida cristiana. Por ello, son bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. En otras palabras, sobre los pobres en espíritu se manifestará en ellos y a través de ellos, sin resistencia ni oposición, la autoridad, el poder y el gobierno de Dios.

Por eso también dijimos que esta bienaventuranza no sólo es la primera, sino también la bienaventuranza fundamental para manifestar las demás. En efecto, sólo los pobres en espíritu lloran. Ya dijimos que este llanto no es fruto del sufrimiento, sino de la pobreza espiritual. Es expresión de nuestra dependencia del Señor. De allí que Lucas diga que los discípulos perseveraban en oración y *ruego*.

De la misma manera únicamente los pobres en espíritu son mansos. Como no tienen confianza en sí mismos, pueden fácilmente trabajar con otros y formar equipo. Cuando uno hace las cosas por sí mismo inevitablemente caerá en el desprecio de los demás, tal como le ocurrió a los fariseos (Lucas 18: 9).

Solamente los pobres en espíritu tienen hambre y sed de justicia. Como ellos no tienen justicia propia, tienen hambre y sed de ella. Saben, además, que esa justicia solo les puede venir del cielo. Como dijera Pablo: Quiero «... ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe...»

Los pobres en espíritu son también misericordiosos. Ellos saben que no son mejores que otros y que nadie.

Su condición de pobres en espíritu los hace limpios de corazón y así sucesivamente.

Parafraseando entonces las bienaventuranzas a la luz de su significado, podríamos citarlas de la siguiente manera:

*«Bienaventurados los que han aprendido a no hacer cosa alguna separados de Cristo, porque en ellos se manifestará el poder de Dios.*

*Felices los que expresan esa dependencia del Señor con lágrimas, porque ellos serán consolados con el respaldo poderoso del poder de Dios.*

*Dichosos los que trabajan en equipo ya que saben que solos no pueden, porque de ellos es la tierra de la victoria.*

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia de Cristo puesto que no tienen justicia propia, porque serán vestidos de ella.*

*Felices los que reconocen que no son mejores que nadie y, por tanto, tratan a otros con la misma misericordia con que fueron tratados.*

*Dichosos los que tienen, por medio de la fe, el corazón vestido de la pureza de Cristo, porque ella les permite contemplar a Dios.*

*Bienaventurados los que nada propio tienen que defender, contribuyendo así a la paz, porque serán reconocidos como verdaderos hijos de Dios.*

*Felices los que son mirados en menos por aquellos que tienen justicia propia, porque la justicia del reino los justifica». Amén.*



### III

## LA VICTORIA

**A** la derrota le sigue la espera y a la espera le sigue la victoria. Esta fue la tercera etapa en la vida de los discípulos y es desde aquí donde generalmente arrancan los libros de discipulado cristiano. Sin embargo, no es posible entender cabalmente lo que significó esta última etapa en la vida de los discípulos sin tener en cuenta las dos etapas anteriores. Y esto es verdad especialmente a la hora de querer entender los efectos maravillosos y extraordinarios –tan distintos a los nuestros– que tuvo Pentecostés para ellos.

La tercera y última etapa comenzó en Pentecostés con la gloriosa y bendita venida del Espíritu Santo. Después de fracasar durante tres años y medio en su intento de dar la medida de su Maestro y, posteriormente, esperar durante diez días, unánimes, en oración y ruego, llegó por fin el día de Pentecostés:

*«Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.*

*Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.*

*Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen» (2:1-4).*

Tal como les había prometido el Señor Jesucristo, cuando, refiriéndose al Espíritu de verdad, les dijo: «...pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y **estará en** vosotros», así ahora los discípulos eran llenos del Espíritu Santo.

La gran diferencia con nosotros que estamos de este lado de Pentecostés es que, gracias a las dos etapas anteriores, el Espíritu Santo encontró a los discípulos vaciados de sí mismos y completamente dispuestos a su acción. Es por ello que nos atrevemos a llamar a esta etapa «La victoria».

Con la venida y la llenura del Espíritu Santo, los discípulos comienzan a vivir, ya no en sus fuerzas, sino por medio de la vida de Otro que ahora mora en ellos. Sólo de esta manera lo imposible se vuelve posible para los discípulos. En este sentido, llama la atención y no deja de sorprender el hecho de que si bien Jesucristo ha realizado una obra completa y perfecta y ha vencido la muerte para siempre, resucitando de los muertos, no obstante, nada de ello puede ser realidad en la vida de los discípulos sin el Espíritu Santo. Por lo tanto, nunca será demasiado enfatizar la importancia de la gloriosa persona del Espíritu Santo.

Recordemos en todo caso que hablamos de victoria por cuanto más que hablar de la morada del Espíritu en los discípulos, nos referimos al hecho glorioso de que a partir de Pentecostés comenzaron a andar en el Espíritu.

## HECHOS O ACTOS A LA ALTURA DEL MAESTRO

El libro de los Hechos es el segundo tratado escrito por Lucas, después del evangelio que lleva su nombre. Varios propósitos se pueden mencionar a la hora de determinar la razón de ser de este tratado. Sin embargo, entre los varios propósitos que tiene el libro, se puede mencionar como uno de los más profundos de ellos, el siguiente: Lucas, inspirado por el Espíritu Santo, registra ahora, no ya «los hechos» de Cristo, sino «los hechos» de sus discípulos. Lo extraordinario, no obstante, es que «los hechos» de los discípulos están por primera vez a la altura de los hechos de su Maestro.

Lo que pasa es que el Señor Jesucristo, por medio del Espíritu Santo, está siendo reproducido en la vida de los discípulos. Todo aquello que vemos vivir al Hijo de Dios en el evangelio de Lucas, está, pues, ahora reproducido en su iglesia. Los mismos «hechos» del evangelio, veremos aquí. Pero no ya manifestados en Cristo, sino en su iglesia.

Ya Pablo, escribiendo a los filipenses, advertía que no había otro propósito mayor para él que llegar a ser semejante a Cristo:

*«... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús» (3:10-12).*

Pues bien, esto es precisamente lo que veremos manifestado en el libro de los Hechos. Observaremos

aquí al «otro» Cristo -su iglesia-, haciendo y enseñando al igual que su Señor. O mejor dicho, veremos al Cuerpo de Cristo manifestado. Así, pues, miraremos a los doce discípulos viviendo en una nueva dimensión. Pero no sólo a ellos. También los demás discípulos estarán a la altura de su Salvador. Uno de ellos será semejante a Cristo en su muerte y otro recorrerá el camino de la cruz de una manera semejante al Hijo de Dios.

Hasta el capítulo seis del libro de los Hechos, los doce apóstoles serán los protagonistas humanos principales, mientras los demás discípulos pasan por el proceso propio de los creyentes post-Pentecostés<sup>1</sup>. Es decir, los demás discípulos aprenden y experimentan la diferencia que existe entre «recibir el Espíritu» y «andar en el Espíritu».

Pero posteriormente, a partir del capítulo seis del libro de los Hechos, veremos ser levantados por el Espíritu Santo a otros discípulos como Esteban y especialmente al apóstol Pablo. Ellos no son los únicos que dan la medida de su Maestro, sino son apenas un botón de muestra.

---

<sup>1</sup> Según la cronología corta, este proceso también duró tres años y medio.

## LOS DOCE

Apenas los doce fueron llenos del Espíritu, Pedro se levantó para explicar a la multitud reunida lo recién acontecido. A lo menos tres cosas indican que el que ahora se está poniendo de pie no es el mismo Pedro de siempre, el impetuoso.

En primer lugar, Pedro por primera vez se encuentra lleno del Espíritu. En segundo lugar, Pedro no actúa esta vez en su calidad de discípulo, sino en calidad de apóstol. En efecto, el mismo día que nació la iglesia de nuestro Señor Jesucristo por obra y gracia del Espíritu Santo, en ese mismo día, el mismo Espíritu, manifestó a los doce como apóstoles. La manifestación de la iglesia coincidió con la manifestación de los primeros apóstoles, los doce. Prueba de ello es la predicación de Pedro que trajo como resultado la conversión y el bautismo de como tres mil personas.

En tercer lugar, no es un dato menor que Lucas diga que Pedro, «poniéndose en pie *con los once*, alzó la voz...». La frase «con los once» tiene un gran significado espiritual. Indica que Pedro no está actuando por sí mismo o de manera individualista. No, Pedro ahora está actuando de manera corporativa. Ya no se apresura ni se adelanta a actuar por sí mismo, sino actúa en el consenso del cuerpo de Cristo. En definitiva, aunque es Pedro el que toma la palabra, esta vez lo hace en representación de los doce y no de sí mismo. ¡Aleluya!

Lucas, con precisión inspirada, dará permanentemente cuenta de este cambio de actitud, no sólo de Pedro sino también de los demás apóstoles:

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles» (2:42).

No es la doctrina de Pedro, sino la doctrina de los apóstoles.

*«Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles» (2:43).*

No sabemos si cada uno de los apóstoles hacía maravillas y señales. Probablemente no; pero a decir verdad, no tiene ninguna importancia, porque ellos ya no actúan independientemente. Lucas registra que las muchas maravillas eran hechas por los apóstoles como cuerpo.

*«Pedro y Juan subían juntos al templo a la hora novena, la de la oración» (3:1).*

*«Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos» (3:4).*

*«Y teniendo asidos a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo, atónito, concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón. Viendo esto Pedro, respondió al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste?» (3:11-12).*

*«Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan» (4:13).*

*«Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles» (4:19).*

Tú en el lugar de Pedro ¿habrías dicho: Míranos? O, sabiendo que tú fuiste usado para hacer el milagro ¿habrías dicho como Pedro: por qué ponéis los ojos en **nosotros**, como si por nuestro poder o piedad **hubiésemos** hecho andar a éste?

*«Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos» (4:33)*

*«... traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles» (4:34-35).*

*«... trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles» (4:37).*

*«Y por la mano de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón» (5:12).*

*«y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública» (5:18).*

*«Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (5:29).*

*«y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (5:40-42)*

*«Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas» (6:2).*

*«a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos» (6:6).*

¡Qué gloria, la que muestran estos textos! No se observan personalismos ni protagonismos; sin nombres ni jerarquías. Han quedado atrás los días de discusión sobre quién será el mayor y los días de peticiones, de privilegios y prebendas. Cuando caminamos así, concertada y corporativamente como ellos, solo el nombre de Jesús es exaltado y glorificado. La manifestación corporativa de la iglesia permite que solo se vea el primado de Cristo sobre ella.

## *UNO SEMEJANTE A CRISTO EN SU MUERTE*

En los capítulos 6-8 del libro de los Hechos, el escritor Lucas presentará el testimonio de vida de dos personajes hasta ahora desconocidos: Esteban y Felipe. ¿Cuál es la intención de Lucas? Lo que pretende Lucas es presentarnos dos botones de muestra de lo que el Espíritu Santo fue capaz de hacer, no sólo con los apóstoles, sino también con los creyentes post-pentecostés. Recordemos que hasta el capítulo seis del libro de los Hechos han transcurrido más o menos tres años y medio de historia de la iglesia. Probablemente Esteban y Felipe estuvieron presentes aquel día que vino el Espíritu Santo. Pero ahora, tres años y medio después de Pentecostés, el Espíritu levantó y manifestó otros hombres con estatura apostólica.

Y esto es aún más significativo si consideramos que Esteban y Felipe hasta el capítulo seis de Hechos aparecen como simples hermanos. Dicho en lenguaje moderno, no eran parte del «clero»; eran simplemente «laicos». Si bien en el capítulo seis de Hechos, ambos hermanos pasan a formar parte del equipo que tiene a cargo el trabajo de «servir a las mesas», llama la atención, no obstante, las características espirituales que poseen al momento del nombramiento: 1) De buen testimonio; 2) Llenos del Espíritu Santo; y 3) Llenos de sabiduría. De Esteban, que es el primero de los siete en ser mencionado, se agrega además que era un varón lleno de fe. Ninguna de estas cualidades es menor; cada una de ellas invita a adorar al Señor por su preciosa y poderosa obra de transformación. Pero lo mejor está aún por venir.

Hechos 6:7 declara que como resultado del ordena-

miento que significó el nombramiento de «los siete», no sólo se atendió las necesidades presentadas, sino que, especialmente, se destaca que «crecía la palabra del Señor». Esta expresión no se refiere a que aumentaba el número de los discípulos, sino a que la palabra crecía en la vida de ellos. La palabra que es Cristo seguía encarnándose en los discípulos. Ejemplo destacado de este glorioso hecho es Esteban, quien acapara la atención de la inspiración bíblica desde el 6:8 hasta el final del capítulo siete.

En efecto, a las cualidades mencionadas anteriormente, se agregan ahora las siguientes: 1) Lleno de gracia; 2) Lleno de poder; y 3) Hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. Nada de esto es menor. Esteban es el primero que es mencionado haciendo milagros aparte de los apóstoles. Seguramente era un hombre muy amado y reconocido en la iglesia. Joven, destacado y con un ministerio de porte apostólico prometedor. Era seguramente un orgullo para la iglesia contar con un varón de esas características.

Únicamente el Señor Jesucristo, después de mucho trabajo, había logrado formar hombres de esa estatura: Los doce. Sin embargo, ahora, el Espíritu Santo a través de la vida de la iglesia, también levanta hombres que serán sus enviados o sus apóstoles. Son los hechos de Cristo reproducidos por el Espíritu Santo. No obstante, para Esteban el Señor tiene un camino más excelente.

Inesperada y sorpresivamente para nosotros la persecución se levanta contra Esteban y a partir de ese momento nuestro hermano comienza a reproducir una escena que ya nos es conocida: El arresto de Jesús<sup>2</sup>. En

---

<sup>2</sup> De hecho, es probable que fueran las mismas personas que condenaron a Jesús.

efecto, al igual que en el caso de Jesús<sup>3</sup>, los opositores no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que Esteban hablaba (6:10).

En segundo lugar, al igual que lo acontecido a Jesús, los enemigos de Esteban soliviantaron al pueblo y arrestándolo lo trajeron al Concilio (6:12)<sup>4</sup>.

Una tercera semejanza del arresto de Esteban con el arresto de Jesús, se haya en el hecho de que en ambos casos los opositores presentaron testigos falsos al Concilio (6:13)<sup>5</sup>. Además, en ambos casos, las acusaciones dicen relación con hablar palabras blasfemas contra el templo (6:13-14; comp. con Mateo 26:60-61; Marcos 14:57-58). Hasta aquí cuatro semejanzas asombrosas entre Jesús y Esteban. Pero lo mejor todavía está por venir.

A continuación Lucas registra en el capítulo siete del libro de los Hechos, el discurso que diera Esteban en su defensa frente al Concilio. La razón: Dar a conocer la clara, potente y amplia revelación que Dios había dado a Esteban con respecto al propósito de Dios. El hecho es tan sorprendente que no hay registro hasta ese momento que la visión que tenía Esteban la tuviesen siquiera los doce apóstoles. Personalmente tengo la convicción que Esteban fue el primer Pablo que el Señor levantó.

Pues bien, Esteban en su discurso presentó los siguientes hechos divinos:

En primer lugar, partiendo del patriarca Abraham, Esteban establece que el Dios de la gloria se le apare-

---

<sup>3</sup> Ver a modo de ejemplo: Juan 18: 19-24.

<sup>4</sup> Comparar con Mateo 26:47; Lucas 22:47; Juan 18:3.

<sup>5</sup> Comparar con Mateo 26:59-60; Marcos 14:55-56.

ció a Abraham cuando estaba en Mesopotamia y no cuando estaba en la tierra de los judíos (7: 1-8). En segundo lugar, cuando posteriormente Dios se manifestó a José, éste no se encontraba en Canaán, sino en Egipto (7: 9-19). En tercer lugar, Moisés, después que fue rechazado por sus propios hermanos, huyó a tierra de Madián donde vivió como extranjero por espacio de cuarenta años. Se encontraba aquí y no en la tierra de los israelitas, cuando Dios se le apareció en la llama de fuego de una zarza (7: 20-43). En cuarto lugar, nuestros padres, dice Esteban, tuvieron el tabernáculo del testimonio estando en el desierto y posteriormente lo introdujeron con Josué a la tierra prometida. Una vez establecidos en la tierra prometida, David pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob (7: 44-46). En quinto lugar, aunque fue Salomón finalmente el que edificó casa para el Dios de Jacob, Esteban magistralmente aclara que, no obstante, el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta:

*«El cielo es mi trono  
y la tierra el estrado de mis pies.  
¿Qué casa me edificaréis? –dice el Señor–;  
¿O cuál es el lugar de mi reposo?  
¿No hizo mi mano todas estas cosas?» (7:49-50).*

De manera extraordinaria, pues, Esteban revela que nuestro Dios no puede ser restringido a un lugar, templo, raza, ni a cultura alguna. Dios trasciende todos los condicionamientos y límites humanos. Él, es Dios de todos los hombres, de todas las naciones y de todas las tierras. Los nacionalismos y los particularismos, en general, son reduccionismos humanos que limitan a los hombres, pero no a Dios. Ahora podemos entender un poco el enojo y el odio que sentían los judíos al escuchar a Esteban. No sólo había destrozado el orgu-

llo nacional de la raza judía, sino lo que es peor, había relativizado el templo judío. Esto último fue su sentencia de muerte.

Finalmente, los contemporáneos de Esteban, siguiendo la tradición de sus padres -que habían rechazado a José, a Moisés y a los profetas- fueron, ahora, entregadores y matadores del Justo. Mientras la reacción de la gente llega a literalmente crujir los dientes de enojo y odio contra Esteban, éste, lleno del Espíritu Santo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Mas, cuando Esteban dice lo que está viendo, los oyentes tienen una reacción que no deja de parecerse a la que tuvieron un poco tiempo antes, cuando Jesús mismo había declarado: «Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios» (7: 57 comp. con Mateo 26:64-68). Ésta es una quinta semejanza entre el juicio de Jesús y el juicio de Esteban.

La sexta semejanza, que es más gloriosa que las anteriores, acontece mientras Esteban está siendo lapidado. Durante el apedreamiento él invoca a su Señor, con las mismas palabras que su Maestro había orado a su Padre. Jesús había dicho mientras moría colgado de la cruz:

*«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46).*

Ahora Esteban poco antes de morir dice:

*«Señor Jesús, recibe mi espíritu» (7:59).*

En este punto es interesante observar algo que no se aprecia en la versión Reina Valera, pero que se encuentra en el texto griego y que sí consignan otras versiones modernas. Cuando Esteban ve la gloria de Dios

y a Jesús que está a la diestra de Dios, el original dice que Jesús se encuentra de pie a la diestra de Dios. Todos los demás textos del Nuevo Testamento que se refieren a la posición que ocupa Jesús a la diestra del Padre, dicen que Jesús está sentado, no de pie. Este es el único lugar de todo el Nuevo Testamento donde las dos veces se dice que Jesús está de pie a la diestra de Dios. Este hecho que es único e inédito en el registro bíblico ha de tener, pues, un significado espiritual muy profundo. Y lo tiene, aunque quizás por ahora solamente podamos hacer conjeturas.

Probablemente, Jesús se pone de pie para recibir expectante a su discípulo que está a punto de dar la vida por él. Recordemos que Esteban tiene el privilegio de ser el primer mártir de la era cristiana. Así que quizás el cielo mismo hizo silencio y contempló con respeto y admiración tan magno evento.

Pero yo me atrevo a decir algo más. Quizás Jesús se puso de pie, mas que por respeto y admiración, por sentirse lleno de satisfacción por cuanto no sólo alguien está muriendo por él -lo cual ya es mucho decir- sino por cuanto uno está muriendo a semejanza de él. Jesús contempla en la muerte de Esteban parte de su propia muerte. En algún aspecto ve reproducida su muerte en la muerte de Esteban. Y esto nos introduce en la séptima y última semejanza entre la muerte de Cristo y la muerte de Esteban.

En esta séptima semejanza, la muerte de Esteban alcanza su clímax y nuestro hermano brilla y resplandece con una gloria propia de Cristo mismo. En efecto, en pleno proceso de apedreamiento, Esteban, puesto de rodillas, clamó a gran voz: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Y habiendo dicho esto, durmió

(7:60). Solo una persona anteriormente había expresado algo parecido. Nuestro bendito Señor Jesucristo, cuando sufría la cruz del Calvario. Allí él había dicho:

*«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).*

Ahora, alguien lleno del espíritu de Cristo – Esteban- suelta perdón sobre sus enemigos, diciendo:

*«Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (7:60).*

¡Aleluya! ¡Qué glorioso! Esteban conseguía así ser semejante al Maestro en su muerte. ¿Puedes aquilatar este hecho? Soltar perdón no es fácil, más aún si hablamos de perdonar en el mismo momento que se está recibiendo la ofensa. Pero en el caso de Esteban estamos hablando de perdonar en el momento mismo que tus enemigos, como toros bravos, bufan su odio y te están asesinando a pedradas. Esto es humanamente imposible. Sólo alguien como Jesucristo puede actuar así. Sólo Él y aquellos en quienes su espíritu y carácter esté reproducido por el poderoso Espíritu Santo. Pues bien, en Esteban tenemos un ejemplo precioso de esto.

Por mucho tiempo me pregunté por qué el Señor estableció este camino para Esteban. ¿No habría sido más provechoso para el plan de Dios librar a Esteban de la muerte, como lo hizo posteriormente, por ejemplo, con el apóstol Pedro? Como dije anteriormente ¿no habría sido mejor permitir que «el primer Pablo» desarrollara su ministerio que era tan prometedor? ¡Cuánta bendición y fruto habría traído a la obra del Señor! Con toda seguridad habría sido tan útil a los planes del Señor.

Para responder estas preguntas es necesario responder antes otra pregunta, que va al fondo de la cues-

tión: ¿Cuál es la razón última de nuestra salvación y llamamiento? ¿Qué es lo que finalmente explica la creación del hombre y el desarrollo mismo de nuestro ministerio? En definitiva ¿estamos aquí para ser felices, para desarrollar con éxito algún ministerio, plantar iglesias, recorrer el mundo evangelizando, predicar, etc.? Espero no sorprenderte, pero el sentido último de nuestra vida no es ninguna de estas cosas.

¿Cuál es entonces? Pablo lo dijo con toda claridad en su carta a los romanos:

*«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (8:29).*

El destino final que Dios tiene para todos sus hijos es uno solo: Ser hechos conformes a la imagen de su Hijo. ¿Te das cuenta? Él es la imagen de Dios; por eso, cuando Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» estaba diciendo en el fondo: «Hagamos al hombre conforme a Cristo». Cuando somos hechos a la imagen del Hijo, quedamos entonces hechos a la imagen de Dios. ¿Lo puedes ver? Por lo tanto, todo existe y está en función de este supremo propósito de Dios. La creación misma, la redención, los dones, los ministerios, el matrimonio, los hijos y todo lo demás, hallan su causa última en este pre-destino de Dios.

Entonces ¿por qué el Señor no libró a Esteban? Porque nada es mayor que alcanzar la imagen de Cristo. Ninguna cosa está por encima de esto. Y a nuestro amado Esteban le correspondió ser semejante a Cristo quizás en el aspecto más difícil de todos: Ser semejante a Cristo en su muerte<sup>6</sup>. A otros, según el nivel de

---

<sup>6</sup> Me refiero aquí al aspecto más relevante, pero no el único.

gracia, probablemente les corresponderá ser semejantes a Cristo en otras circunstancias: en su rol de marido, de hijo, de esposa, de apóstol, de pastor, de patrón, de esclavo, etc.<sup>7</sup> La imagen de Cristo dice relación especialmente con su carácter. Este, una vez forjado en nosotros, se va manifestando en cada circunstancia de la vida que nos toca vivir. A Esteban le tocó morir de manera semejante a su Señor. Le cupo el privilegio de manifestar el carácter de Cristo en esa circunstancia. Era algo como para ponerse de pie ¿no te parece?. A algunos el Señor los puede librar; pero con otros, sigue un camino más excelente.

Y para terminar lo tocante a Esteban un detalle significativo. Su nombre significa «corona» y, coincidentemente en el capítulo siete del libro de los Hechos se «corona» una etapa importante de la iglesia. En efecto, a partir del capítulo ocho, la iglesia en Jerusalén entrará en una nueva etapa de su historia. Hasta el capítulo siete la iglesia ha estado circunscrita solamente dentro de los límites de Jerusalén, a pesar de que el Señor les había enviado hasta lo último de la tierra. No obstante, ahora, a través de la persecución que se inició contra Esteban, pero que finalmente arreció sobre toda la iglesia, ésta sale de los contornos de la ciudad y es «sembrada» en todo Israel, y aun más allá de los límites de la nación.

Por lo tanto, podemos decir que hasta el capítulo siete del libro de los Hechos, la iglesia fue una semilla que estaba siendo preparada para la siembra. Pero una vez que la semilla estuvo lista, en el capítulo ocho comienza a ser «esparcida» por todo Israel. Sin embargo

---

<sup>7</sup> Únicamente en forma corporativa alcanzamos la plenitud de la imagen de Cristo (Ef. 4: 13).

¿qué prueba que la semilla estaba efectivamente madura? Precisamente la muerte de Esteban. Con su muerte se «corona» el proceso de madurez de la iglesia en Jerusalén y en el cielo se da el «vamos» a la siembra.

Con la muerte de Esteban se plasma física y literalmente aquello que había advertido nuestro Señor Jesucristo, cuando dijo:

*«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24).*

Según algunos historiadores entre 100 y 200 nuevas iglesias se plantaron en todo Israel. De una sola iglesia, que existía en Jerusalén, se pasó a 100 o más iglesias en un corto periodo de tiempo. Y tanto o más asombroso que lo anterior es el hecho que todas estas nuevas iglesias no fueron plantadas por los apóstoles, sino por los mismos hermanos. ¡Increíble!

Resultó ser de absoluta verdad que si la semilla muere, lleva mucho fruto.

Pero ¿será Esteban un caso único? ¿Su calidad espiritual no será una excepción? Sospechamos que no. Probablemente Esteban pueda ser el ejemplo más destacado, pero en ningún caso, el único.

En efecto, en el capítulo ocho del libro de los Hechos la figura humana principal será ahora Felipe. Aquí se dará testimonio del destacado porte espiritual del hermano, así como en el capítulo siete se había dado testimonio de Esteban. No obstante, en este punto me interesa subrayar el hecho de que Felipe es apenas un botón de muestra y no un caso único. Veamos.

El texto que introduce la figura de Felipe en el capítulo 8 es el versículo cuatro que expresa lo siguiente:

*«Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio».*

E inmediatamente a manera de ejemplo se muestra el caso de Felipe:

*«Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo»(v. 5).*

¿Te das cuenta? Felipe no es un caso único; él es sólo un ejemplo entre muchos, quizás entre miles. Todos los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio. «Todos», no sólo Felipe; «por todas partes», no sólo en Samaria, sino también en Galilea y por toda Judea anunciaban el evangelio. Esto es tanto o más extraordinario que el caso de Felipe mismo.

Consideremos por un momento este hecho. De la noche a la mañana miles de hermanos abandonan sus casas y sus trabajos escapando de la persecución. La crueldad de la persecución es de tal magnitud que, literalmente, ellos escapan por su vida. A pesar de la gravedad de la situación, Lucas expresa que ello no fue obstáculo para que mientras los discípulos huían, evangelizaran en cada lugar donde llegaron. Esto merece un ¡Aleluya! ¿Tú en el lugar de ellos, estarías preocupado de anunciar el evangelio o de escapar por tu vida? Yo con vergüenza tengo que reconocer que lo último. Al lugar que llegaras ¿te apresurarías por presentarte como cristiano o por tu propia seguridad tratarías de pasar inadvertido?

Parece, pues, que Esteban no es un caso excepcional; tampoco lo es Felipe. Hay un peso de gloria que ha alcanzado toda la iglesia en Jerusalén. Después de tres años y medio de un proceso de maduración, toda la iglesia tiene un porte digno de Cristo. ¿Cómo lo sabemos? Porque la prueba de la persecución lo demos-

tró. Porque como dice el refrán: «En la cancha se ven los gallos».

## *UNO QUE RECORRE EL CAMINO DE LA CRUZ*

Mientras el escritor Lucas, desde el capítulo ocho hasta el capítulo doce del libro de los Hechos, da cuenta de la expansión de la iglesia y del reino de Dios por toda Palestina, en forma paralela y simultánea prepara el escenario para, a partir del capítulo trece de Hechos, presentar el testimonio del ahora apóstol Pablo.

En efecto, en los capítulos 8-12 no sólo muestra la relación de Saulo con la muerte de Esteban y con la persecución en general que asoló a la iglesia, sino que además da cuenta de la milagrosa conversión experimentada por este acérrimo perseguidor. Pero, además, presenta en estos capítulos el antecedente de cómo algunos «esparcidos» por causa de la persecución de Esteban, llegaron con el evangelio, más allá de las fronteras de Israel, hasta la ciudad de Antioquía de Siria. Este lugar tendrá una importancia grande, no sólo porque Bernabé traerá a Saulo de Tarso a trabajar con él por todo un año con la iglesia en Antioquía, sino especialmente porque este lugar y esta iglesia será el centro de obra del ministerio del apóstol Pablo. Así como los doce se relacionan con Jerusalén, Pablo lo hará con Antioquía. Y es desde aquí, a partir del capítulo trece de Hechos, que veremos a Pablo ser semejante a Cristo en recorrer el camino de la cruz.

Según Lucas, la vida terrenal de Cristo puede dividirse en tres partes: 1) 30 años; 2) 3 años y 3) Seis meses. A los primeros treinta años, Lucas le dedica en su evangelio, los tres primeros capítulos<sup>8</sup>. A la segunda etapa de la vida de Cristo, que duró tres años y que corresponde a la etapa de su ministerio, Lucas le dedi-

---

<sup>8</sup> Ver Lucas 3: 23.

ca en su evangelio, los siguientes seis capítulos (4-9). Pero, a la última etapa que tuvo una duración de apenas seis meses, Lucas le dedicará los 15 capítulos restantes. Llama la atención este hecho: Tres capítulos para treinta años; seis capítulos para tres años y quince capítulos para seis meses. A la etapa más corta de la vida de Jesús, Lucas le puso más atención. ¿Por qué? Sencillamente porque para Lucas esta etapa fue la más importante en la vida de Jesús.

En efecto, en esta última etapa, que comienza cuando se cumplió el tiempo en que Jesús había de ser recibido arriba (9: 51), nuestro bendito Señor inició el último viaje a Jerusalén que perfectamente podríamos llamar «el camino de la cruz», porque esta vez allí encontrará la muerte. Según Lucas 9, en el monte de la transfiguración, donde termina la segunda etapa de la vida de Jesús, él conversó con Moisés y Elías de su partida a Jerusalén (9: 31). Así que el camino de la cruz va desde el monte de la transfiguración al monte Calvario. De monte a monte. De la gloria a la muerte.

Es esta la etapa más importante de la vida de Jesús, porque sin cruz no hay redención; sin su muerte no hay salvación. Su ministerio de tres años fue extraordinario. Como dijera alguien, él hizo en tres años lo que todos nosotros no podríamos hacer en 1000 años. Sin embargo, nada de lo hecho por Cristo en esta etapa tendría valor salvífico eterno, sin su muerte en la cruz. Lo que finalmente nos trajo la salvación no fueron sus milagros, ni sus sanidades, ni sus enseñanzas, sino su muerte redentora. Sin el derramamiento de su sangre en la cruz del Calvario no hubiese habido remisión de pecados<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Cf. Hebreos 9: 22.

Por lo tanto, Lucas, que pretende en su evangelio presentarnos a Jesús como el Hijo del Hombre que trajo la salvación a todos los hombres y a toda clase de hombres, prestó mayor atención precisamente al hecho fundamental de nuestra salvación: El camino a la muerte expiatoria. Este camino, que abarcará los últimos seis meses de la vida de Jesús, comprenderá un viaje desde Cesarea de Filipo, en el norte de Israel, hasta Jerusalén ubicada en Judea, en el sur de Israel.

Ahora bien, el camino de la cruz que el Señor debió recorrer por nuestra salvación, no fue sólo para él. Es también el camino para todos sus discípulos. Seguramente para la mayoría de nosotros no será un camino literal y físico como en el caso de Cristo, no obstante, es el camino que todos debemos recorrer espiritualmente, por cuanto todos estamos llamados a ser semejantes a Cristo. Así lo dejó claro el mismo Señor en Lucas 9: 21-26.

Pero volvamos a Pablo. Es interesante que la vida cristiana de Pablo también puede dividirse en tres etapas; en este caso, de once años cada una. En los primeros once años, donde no realizó ningún viaje apostólico ni escribió ninguna carta, Pablo, como todo creyente pentecostal, conoció primero el fracaso. Como ya vimos, aprendió a esperar y a andar en el Espíritu. Los segundos once años, al igual que en el caso de Cristo, corresponden al tiempo de su ministerio. Un ministerio también fructífero, donde evangelizó, plantó iglesias, escribió varias epístolas y formó obreros. Esta segunda etapa de la vida cristiana de Pablo abarca, en el libro de los Hechos, desde el capítulo trece hasta el capítulo veinte. Pero a partir del capítulo veinte, Pablo al igual que Cristo, emprenderá también un último via-

je a Jerusalén que le significará prácticamente pasar preso los últimos once años de su vida y encontrar finalmente la muerte, allá por el año 67 d.C. Este «obligado» sendero, para Pablo constituye su propio camino de la cruz, donde en alguna pequeña medida se reproducirá en él, por el Espíritu, el camino de la cruz andado por su propio Señor.

En su primer viaje apostólico, Pablo recorrió especialmente la región de Galacia, donde, a lo menos, plantó cuatro iglesias: Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe (ver Hechos 13-14). En su segundo viaje apostólico, recorrió especialmente las regiones de Macedonia (Filipos, Tesalónica y Berea) y Acaya (Atenas y Corinto). Este viaje abarca los capítulos 15-18 del libro de los Hechos. En el tercer viaje de Pablo, recorrió especialmente la región de Asia y específicamente la ciudad de Efeso, donde se estableció por alrededor de tres años (20: 31). Desde aquí y a través de sus colaboradores evangelizó toda Asia, y Dios hacía milagros extraordinarios por mano de Pablo (19: 10-11). Definitivamente, Pablo vive aquí el clímax de su ministerio.

Desde la ciudad de Efeso escribió también la importante primera carta a los corintios, donde les expresa que estará en Efeso hasta Pentecostés<sup>10</sup>. Efeso, sin lugar a dudas, representa «Pentecostés» en el ministerio de Pablo. Lucas resume con estas palabras el ministerio de Pablo en Efeso: «Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor» (19: 20).

Sin embargo, y esto es lo asombroso, Pablo, en medio de tanta gloria, se propuso en espíritu ir a Jerusalén (19: 21). Es como si Pablo en su propio monte de la

---

<sup>10</sup> Ver 1º Corintios 16: 8.

transfiguración (Efeso), presintiera que su ministerio está culminando y que ha llegado el tiempo, al igual que en el caso de su Maestro, de caminar hacia Jerusalén. En el caso de Cristo, Lucas dice que cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, «afirmó su rostro para ir a Jerusalén». En el caso de Pablo, Lucas lo expresa así:

*«Pasadas estas cosas, Pablo se propuso en espíritu ir a Jerusalén» (19:21).*

Gracias al evangelio de Juan sabemos que Jesús, durante su ministerio terrenal, subió tres veces a Jerusalén; la última vez, para ser crucificado<sup>11</sup>. Pablo, durante el ejercicio de su ministerio apostólico (Hechos 13 en adelante), al igual que su Maestro, también subió tres veces a Jerusalén, según lo atestigua Lucas en Hechos; la última vez, también dispuesto a morir.

La primera vez que Pablo subió a Jerusalén en su calidad de apóstol de Jesucristo, fue aquella vez que asistió al Concilio de Jerusalén (15). La segunda vez, cuando -volviendo de su segundo viaje apostólico- no quiso quedarse por más tiempo en Efeso, porque quería guardar una fiesta judía en Jerusalén<sup>12</sup>. La expresión «subió para saludar a la iglesia» del 18:22 se refiere, en efecto, a la iglesia en Jerusalén.

La tercera vez, al igual que en el caso de su Señor, será la última y es a esta ocasión que se refiere el texto del 19:21.

Pero ¿qué motiva a Pablo dejar la «gloria» de Efeso para hacer este viaje a Jerusalén? En lo inmediato y más superficial, Pablo se ha propuesto llevar una ofren-

---

<sup>11</sup> Ver Juan 2: 13, 23; 6: 4; 11: 55.

<sup>12</sup> Quizás como parte o culminación del voto hecho en Cencrea (18:18).

da de las iglesias gentiles a los santos en Jerusalén. Sin embargo, esta es la «excusa»; espiritual, por cierto. En su carta a los filipenses, no obstante, devela la verdadera razón de su viaje a Jerusalén. Allí, el dice:

*«Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo...*

*... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte...» (3:8-10).*

Según su propio testimonio, su pretensión máxima en la vida era conocer a Cristo. Y para ello anhelaba participar de los padecimientos de Cristo y llegar a ser semejante a él en su muerte. Según Lucas, Pablo se encuentra atado en el espíritu a hacerlo (20: 22). Está «esclavo» de este sentir. La NVI lo pone así: «Y ahora, obligado por el Espíritu, voy a Jerusalén».

Pues bien, un disturbio no pequeño ocurrido en Efeso, le indica a Pablo que el momento de emprender el viaje a llegado (19: 23-41). Su itinerario, por causa de la recolección de las ofrendas, será las regiones de Macedonia y Acaya. Y en efecto, después de pasar por la región de Macedonia, arribó a Grecia, específicamente a la ciudad de Corinto, donde se radicó conforme a sus planes por tres meses (20: 2-3)<sup>13</sup>. Desde aquí escribió la importante epístola a los Romanos, donde les cuenta de su viaje a Jerusalén y la razón de él:

*«Mas ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén. Pues les pareció bueno, y son deudores a*

---

<sup>13</sup> Comparar con 1º Corintios 16: 5-7.

*ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles de los materiales. Así que, cuando haya concluido esto, y les haya entregado este fruto, pasaré entre vosotros rumbo a España. Y sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con abundancia de la bendición del evangelio de Cristo.*

*Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea aceptada; para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros. Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén» (15:25-33).*

En esta carta, Pablo expresa su deseo de llegar a Roma y aun a España. No obstante, presiente que su pasada por Jerusalén no será fácil, así que solicita la oración de los romanos a fin de que con gozo llegue a Roma por la voluntad de Dios. ¿Entendería Pablo que su llegada a Roma sería en cadenas?

Desde Corinto según el plan original, Pablo pretendía dirigirse a Siria y desde allí a Jerusalén. Pero al descubrir un plan de asesinato en su contra por parte de los judíos, cambia el itinerario y decide volver por Macedonia y Asia. El itinerario será entonces el siguiente: 1) Filipos (20:6); 2) Troas (20:7-12); 3) Mileto (20:13-38); 4) Tiro (21:1-6); 5) Tolemaida (21:7); 6) Cesarea (21:8-14) y 7) Jerusalén (21:15 – 23:22). Siete lugares en total.

En el caso de Jesús, Lucas casi no precisa los lugares que sirven de escala en el recorrido que hace Cristo desde Cesarea de Filipo a Jerusalén. La razón se encuentra en el hecho de que Lucas quiere enfatizar el viaje mismo; destaca no a dónde llega Jesús, sino a dónde va, a dónde se está dirigiendo. Por lo tanto, si

bien es cierto que casi no da nombres de los lugares por donde pasa Jesús, no obstante, siete veces menciona que él se está dirigiendo a Jerusalén:

1) *«Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén» (9:51).*

2) *«Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, y encaminándose a Jerusalén» (13:22).*

3) *«Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén» (13:33).*

4) *«Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea» (17:11).*

5) *«Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre» (18:31).*

6) *«Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente» (19:11).*

7) *«Dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén» (19:28).*

Pero volvamos a Pablo. En Asia pasa por Troas y Mileto. No quiere pasar por Efeso a fin de llegar a Jerusalén para el día de Pentecostés (20: 16). Es su anhelo tener un «Pentecostés» también en Jerusalén.

En Mileto llama a los ancianos de la iglesia en Efeso y se despide solemnemente de ellos por cuanto nunca más verán su rostro. Pero ¿tienen asidero estos presentimientos? Sí, en su discurso a los ancianos, Pablo da cuenta de que el Espíritu Santo le da testimonio en todas las ciudades, diciéndole que en Jerusalén le esperan prisiones y tribulaciones. Entonces ¿por qué va? Ya sabemos que la razón está más allá de la cuestión de las ofrendas.

De Mileto se dirigió a Tiro en la región de Siria, donde se quedó siete días con los hermanos. Aquí, los hermanos, por el Espíritu, le piden que no suba a Jerusalén. Es la segunda vez que Lucas deja constancia de las advertencias del Espíritu.

De Tiro arriba a Tolemaida, donde se queda un día con los hermanos. Luego, continúa hasta Cesarea donde pasa unos días en casa de Felipe, el evangelista. Estando aquí, descendió de Judea un profeta llamado Agabo, quien tomando el cinto de Pablo y atándose los pies y las manos, dijo: «Esto dice el Espíritu Santo: 'Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles'» (21: 11). Esta es la tercera y última vez que Lucas registra lo dicho por el Espíritu con respecto al viaje de Pablo a Jerusalén, al igual que su Maestro había advertido por tres veces a sus discípulos respecto a su muerte en Jerusalén. Todo esto ocurrió mientras, en ambos casos, se dirigían a la ciudad de Jerusalén<sup>14</sup>.

Pero las semejanzas no terminan aquí. Lucas dice que al oír la profecía de Agabo:

*«...le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén. Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor» (21:12-14).*

¿Te parece parecida esta escena? ¿A cuál? A la escena cuando por primera vez Jesús les habló de su muerte a los discípulos. ¿Te recuerdas? (Ver Marcos 8: 31-38). Observemos aquí algunos detalles:

---

<sup>14</sup> Ver Lucas 9: 22, 44; 18: 31-33.

En primer lugar, Lucas dice que no sólo la gente del lugar le pidió que no subiese a Jerusalén, sino también «le rogamos nosotros», registra Lucas. ¿A quiénes se refiere Lucas con la expresión nosotros? Lo que pasa es que Pablo, al igual que su Señor, no se está dirigiendo solo a Jerusalén. Le acompañan también «sus» discípulos. No sólo está Lucas con él como lo demuestra el uso de la primera persona plural (nosotros); también lo acompaña Trófimo (21:29), Aristarco (27:2) y probablemente otros (20:4). No me extrañaría que en total hayan sido unos doce colaboradores.

En segundo lugar, el hecho de que sus propios colaboradores le pidan que no suba a Jerusalén, nos hace recordar a Pedro tratando de disuadir al Señor:

*«Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle» (Marcos 8:31-32).*

Por su parte, la reacción de Pablo nos recuerda la propia reacción de Jesús:

*«Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Marcos 8:33).*

Espero que te estés dando cuenta de que lo que Lucas nos está mostrando aquí no son simples semejanzas entre Cristo y Pablo, sino más bien, cómo Cristo está siendo reproducido en la vida de sus discípulos por medio del Espíritu Santo. Lo que tenemos aquí es Cristo siendo manifestado por medio de su iglesia. El mismo Cristo del evangelio, ahora, reproducido por el Espíritu. El mismo Cristo y sus mismas obras.

En tercer lugar, cuando Pablo entra en Jerusalén le acompañan, además de sus colaboradores, otros hermanos, al igual como en el caso de Jesús (21:15-16)<sup>15</sup>.

Cuando por fin llega a Jerusalén, el recibimiento es muy caluroso; parecido al que le brindaron a su Señor (21:17). Pero una vez en Jerusalén, mientras Pablo cumplía un voto en el templo, unos judíos de Asia alborotaron a toda la multitud y le echaron mano. Las acusaciones parecen un eco de aquellas hechas a Cristo y a Esteban: «Este es el hombre que enseña a todos contra el pueblo, la ley y el templo» (21:28). Y al igual que a su Salvador, la muchedumbre del pueblo gritaba: ¡Mueran!<sup>16</sup>. Y de misma manera que su Maestro, que los doce y que Esteban, fue arrestado y tuvo que comparecer ante el Concilio judío (22:30–23:11). Allí, Pablo, apenas había comenzado su defensa, cuando el sumo sacerdote Ananías ordenó a los que estaban junto a él, que le golpeasen en la boca (23:1-2). Lo mismo le había acontecido a su Maestro, cuando compareció ante el sumo sacerdote Anás, suegro de Caifás<sup>17</sup>.

Pablo, al día siguiente, debía comparecer por segunda vez frente al Concilio; sin embargo, al ser avisado de un complot en su contra, terminó siendo llevado por las autoridades gentiles a la prisión de Cesarea, donde pasará finalmente dos años en prisión (24: 27).

Y así termina la subida de Pablo a Jerusalén en su propia versión del «camino de la cruz». Aunque, a diferencia de su Señor, Pablo no experimentó la muerte física en Jerusalén, no obstante, sólo por el hecho de que él estuvo dispuesto a ir a Jerusalén, a pesar de las

<sup>15</sup> Comparar con Marcos 15: 40-41; Lucas 23:49.

<sup>16</sup> Comparar con Lucas 23: 21.

<sup>17</sup> Comparar con Juan 18: 19-23.

advertencias del Espíritu, podemos decir, sin lugar a dudas, que al igual que su Señor, Pablo caminó hacia la muerte. En el lugar de Pablo ¿tú habrías ido?

En efecto, Pablo no sólo estaba dispuesto a sufrir, sino a morir por su Señor. Sus palabras al respecto fueron clarísimas:

*«... salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (20:23-24).*

*«Al oír esto, le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén. Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor» (21:12-14).*

La carrera de Pablo incluía hacer el camino de la cruz, cosa que hizo y espiritualmente experimentó. Pero como Pablo no experimentó la muerte física, cabe preguntarse ¿en qué redundó haber hecho ese camino? Bueno, dijimos anteriormente que la vida cristiana de Pablo podía dividirse en tres etapas de once años cada una. Dijimos también que la segunda etapa, la de su ministerio, culminó en Efeso. La última etapa, por tanto, comienza con el viaje a Jerusalén, donde es arrestado y pasa dos años en prisión. Pero el libro de los Hechos no termina ahí. Después de los dos años de prisión en Cesarea, Pablo es llevado en cadenas a Roma a comparecer ante César mismo (27-28). Y según el propio testimonio de Lucas, Pablo permaneció en Roma dos años enteros en una casa alquilada (28: 30).

De manera que de los últimos once años de la vida de Pablo, el libro de los Hechos da cuenta sólo de los primeros cuatro años. No obstante, el hecho relevante es que esos cuatro años, Pablo los pasó en prisión. Por lo tanto, cabe la pregunta: Si Pablo, aunque experimentó espiritualmente el camino de la cruz, siguió, no obstante, viviendo ¿en qué, pues, redundó haber hecho el camino de la cruz? En mucho. Desde la prisión de Roma, el apóstol Pablo escribió cuatro epístolas conocidas comúnmente como las epístolas cristológicas: Efesios, Colosenses, Filipenses y Filemón.

Lo sorprendente del hecho es que en estas cartas Pablo alcanza el nivel más alto de revelación. Es decir, cuando Pablo estuvo más confinado, voló más alto que nunca. Cuando descendió al punto más bajo, se elevó a las máximas alturas.

El camino de la cruz es, pues, el camino de la revelación. Por lo menos así fue en el caso de Pablo. Así que damos gracias al Señor Jesucristo por la gran bendición que Pablo legó a todas las generaciones venideras de cristianos. Ha sido inmensamente más provechoso para la obra de Dios que el que Pablo hubiese seguido predicando y plantando iglesias. ¡Benditos y preciosos son los caminos de Dios!



## CONCLUSIÓN

**L**a vida cristiana victoriosa no consiste en una relación personal con Cristo que esté mediada por una especie de colaboración porcentual de ambas partes. Algo así como que nosotros ponemos el 50% y el Señor coloca el otro 50%. Tampoco es algo como que el Señor pone el 80% y nosotros colocamos el 20%. Ni siquiera es así, aun en el caso hipotético de que el Señor pusiese el 99% y nosotros tan solo el 1%. No, la vida cristiana victoriosa es todavía algo más extraordinario que lo anterior. Consiste más bien en que Cristo, por medio del Espíritu Santo, hace el 100% a través de nosotros. Nuestra participación en la relación y comunión con el Señor no consiste, pues, en ayudar -ni siquiera en algún grado- al Señor Jesucristo; mucho menos consiste en que él nos ayude a nosotros, ni siquiera un poco.

No, nuestra participación en la vida cristiana victoriosa consiste en ser canales abiertos, por donde la vida de Cristo, por el Espíritu, fluya libremente en nosotros y a través de nosotros, sin oposición ni resistencia de nuestro yo o alma. Como lo anterior, por causa de la realidad del pecado, no es una condición natural nuestra, nuestro yo o alma, a fin de ser redimida, debe ser quebrantada.

El Señor no busca destruir o aniquilar nuestro yo, ni siquiera anularlo. La buena nueva del evangelio es que en Cristo somos redimidos, no destruidos. Pero para tal efecto nuestra alma debe ser quebrantada a fin de que vuelva a la posición original que el Señor le destinó y se convierta así en un instrumento dócil y sensible al espíritu.

Ahora bien, la manera divina de cómo somos quebrantados, según el discipulado de Jesús, no es otra que beber el polvo de la derrota hasta que desistamos de nosotros y nos rindamos completamente al Señor y a su Espíritu. La metodología divina no consiste simplemente en fracasar, sino en que al ser derrotados seamos traídos a la dependencia absoluta y permanente de Cristo. Como lo dijera Pablo:

*«De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo» (Gálatas 3:24).*

Cuando los tratos del Señor van forjando en nosotros, poco a poco, esta condición espiritual necesaria para una vida victoriosa, cada vez más nos acercamos a la bendita realidad de la que Cristo es el paradigma perfecto y absoluto:

*«De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo» (Juan 5:19).*

De esta manera, nuestro servicio al Señor comienza a convertirse en un servicio que está exento del sudor de la carne.

## **SIRVIENDO SIN SUDOR**

*«Ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa para servirme, y guardarán mis ordenanzas. Y cuando entren por las puertas del atrio interior, se vestirán vestiduras de lino; no llevarán sobre ellos cosa de lana, cuando ministren en las puertas del atrio interior y dentro de la casa. Turbantes de lino tendrán sobre sus cabezas, y calzoncillos de lino sobre sus lomos; no se ceñirán cosa que los haga sudar» (Ezequiel 44:16-18).*

Esta es una ordenanza para los sacerdotes del Señor. En el Nuevo Pacto, todos somos sacerdotes, todos podemos entrar al santuario y ministrar a Dios. Y esta ordenanza del Señor dice que los sacerdotes deben entrar vestidos de vestiduras de lino; no llevarán sobre ellos cosa de lana. Y la razón de por qué no deben vestirse de ropa de lana, según el versículo 18, es para que la ropa no los haga sudar.

«No se ceñirán cosa que los haga sudar». Esto quiere decir que Dios no quiere «sudor» en su casa. ¿Qué significa el sudor? El sudor se produce cuando hacemos un gran esfuerzo. Por lo tanto, el sudor representa el esfuerzo humano. Si Dios no quiere «sudor» en su casa, quiere decir que Dios no quiere esfuerzo humano en su casa. Interesante, ¿no?

Vamos a leer ahora en Levítico 19:19. «Mis estatutos guardarás. No harás ayuntar tu ganado con animales

de otra especie; tu campo no sembrarás con mezcla de semillas, y no te pondrás vestidos con mezcla de hilos».

«Tu campo no sembrarás con mezcla de semillas». Subrayemos la palabra 'mezcla'. «...y no te pondrás vestidos con mezcla de hilos». Otra vez, subrayemos la palabra 'mezcla'. Dios no quiere lino y lana mezclados. Dios no quiere una mezcla de lo divino con lo humano. El esfuerzo humano en su casa estorba la obra de Dios.

Dios no quiere que hagamos el 50 por ciento y él hará el otro 50 por ciento, o que nosotros hagamos el 10 por ciento y él hará el 90 por ciento. Él quiere hacer el cien por ciento. Nos cuesta mucho entender que el crecimiento en el Señor es que nosotros mengüemos para que el Señor crezca. El Señor quiere hacer espacio en nosotros, para hacer él el cien por ciento.

Ustedes han leído la carta a los Gálatas. Los gálatas estaban cayendo en este error. Ellos habían sido justificados por la fe, habían sido salvados por la fe; pero ahora creían que la santificación era por las obras. Y viene Pablo a decirles: 'No, la santificación también es por la fe'. Todo es por la fe, todo es obra de Dios.

La obra de Dios es cien por ciento suya. No necesita nuestra ayuda, no necesita nuestra intromisión. Necesitamos simplemente disponernos, abrirnos, permitir que el Señor haga su obra completa. La obra de Dios es perfecta, la obra de Dios es absoluta; es una obra terminada, es una obra eterna. ¡Alabado sea el Señor! Que el Padre pueda abrir nuestros ojos para ver que contemplamos una obra que ya está acabada.

## El propósito de Dios

¿Por qué Dios no quiere nuestro esfuerzo? Para conocer la respuesta, necesitamos comprender cómo fuimos creados y para qué fuimos creados. En otras palabras, necesitamos conocer el propósito de Dios. Y cuando nos adentramos en el propósito de Dios, encontramos que tú y yo fuimos creados para contener a Cristo y para expresar a Cristo, para que la vida de Cristo fuese manifestada a través de nosotros.

Por lo tanto, desde el comienzo, Dios nunca nos diseñó para que nosotros tuviésemos que ayudar a Dios. Desde el comienzo, él nos creó y nos diseñó como un vaso para contener la vida de Cristo, y para que esa vida se manifestara a través de nosotros.

No es, entonces, por razón de que nosotros hayamos pecado que nosotros no podemos ofrecer nada aceptable a Dios. No es sólo el pecado –que ha manchado todas nuestras acciones– que hace que nuestras acciones sean híbridas o mezcladas, sino que hay una razón todavía más de fondo: Nunca fuimos creados para ayudar a Dios, sino más bien para dejar que él se manifieste a través de nosotros.

El plan de Dios era el siguiente: El hombre fue creado tripartito, espíritu, alma y cuerpo. Adán fue creado con vida humana. Como dice la Escritura, fue hecho «alma viviente». No obstante, fue creado para el árbol de la vida. Fue creado con una clase de vida –la vida humana– pero fue creado para otra clase de vida –la vida que estaba en el árbol de la vida.

Por eso, cuando creó a Adán, lo puso en el huerto, y en el medio del huerto, Dios plantó el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Adán salió

de la mano creadora de Dios con vida humana, pero fue creado para acceder a la vida que estaba en el árbol de la vida.

¿Qué vida era la que estaba para Adán en el árbol de la vida, si él ya había sido creado con vida humana? La vida del árbol de la vida es la vida de Cristo. Y el propósito de Dios es que Adán, creado con voluntad, con intelecto y con emociones, accediera voluntariamente a comer del árbol de la vida. Cuando Adán fuese al centro del huerto, aunque allí estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal –del cual Adán no debía comer–, no obstante, estaba también el árbol de la vida.

Cuando Adán fuese al centro del huerto, debería comer de ese árbol. Si Adán lo hubiese hecho, la vida de Dios, que es la vida de Cristo, habría entrado en su espíritu, y en su espíritu habría tenido la vida de Cristo. Entonces, Adán podría, a partir de ese momento, expresar la vida del Señor. La vida de Cristo podría comenzar a manifestarse a través de él; su alma estaría en armonía con su espíritu, y el alma, cual una esposa, sería la ayuda idónea del espíritu. El espíritu sería como el marido, y el alma como la esposa. Y el alma, que no tenía pecado, seguiría al espíritu sin resistencia y sin oposición. El hombre sería entonces una expresión de Cristo. El hombre no se expresaría a sí mismo, sino a Cristo.

Ahora, todos sabemos que esto no ocurrió. Lamentablemente, Adán desobedeció. Cuando fue al centro del huerto, él comió del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y Dios dijo: 'Que no alargue ahora su mano y coma también del árbol de la vida'. Su espíritu no recibió la vida de Dios, y el drama fue el siguiente: el alma, entonces, prevaleció sobre el espíritu.

En lugar de ser sierva, el alma se hizo reina; en lugar de ser esposa, se hizo marido, y comenzó a vivir por sí misma. Se volvió autosuficiente, autónoma, rebelde, súper activa. Fortaleció sus capacidades. La voluntad se volvió una voluntad férrea. La mente, una mente que todo lo intelectualiza. Sus sentimientos se volvieron desequilibrados, que nos arrastran para uno y otro lado. El alma se descarrió, se salió de su lugar, se puso en una posición para la cual nunca fue creada.

Por eso, Dios no quiere nuestro esfuerzo en su casa. Dios quiere el plan original. El espíritu del hombre vivificado con la vida divina y expresándose a través de un alma dócil, un alma que es sierva del espíritu, un alma que no resiste lo de Dios, que puede seguir en forma sensible lo que la vida de Cristo quiere expresar.

Pero desde el día en que Adán cayó, el hombre se expresa a sí mismo. Lo que sale de nosotros no es la expresión de Cristo; es la expresión de nosotros mismos. Lo del hombre se introduce en Su casa, y en la casa de Dios hay mezcla. Por una parte, está lo de Cristo, que a veces fluye y se manifiesta; pero todavía hay mucho de nosotros en la casa de Dios.

## **El activismo del alma**

Pero no sólo tenemos un alma fuera de lugar, en una posición para la cual nunca fue creada, sino que esta súper actividad que tiene el alma, esta autonomía que ejerce, esta fuerza con que quiere realizarse, finalmente produce cansancio, produce sudor, produce que tengamos un alma gastada, que cuando suda por agradar a Dios, por servir a Dios, no experimenta alegría ni

reposo. Por el contrario, el esfuerzo humano trae consigo quejas, desánimo, frustración, depresión e insatisfacción.

¡Cuántos de nosotros estamos cansados, agotados, frustrados y desanimados! Dios no quiere sudor en su casa. Dios quiere que su servicio, el servicio a él, sea hecho con gozo, sea hecho con paz, sea hecho con reposo y con alegría. Necesitamos el descanso del Señor, necesitamos aquietar nuestra alma, y dejar que el Señor obre a través de nosotros.

En Isaías 57:10 dice: *«En la multitud de tus caminos te cansaste, pero no dijiste: No hay remedio; hallaste nuevo vigor en tu mano, por tanto, no te desalentaste»*. Esta es la situación de nuestra alma. En muchos caminos, buscando participar, buscando realizarse, buscando colaborar, buscando ayudar a Dios.

Es decir, nuestros caminos nos cansan, pero no hasta el punto de decir: 'Ya no hay más esperanza'. Nuestra alma vuelve a tomar vigor, vuelve a llenarse de esperanza, y no se desalienta, y continúa. Y volvemos a cansarnos, y volvemos a frustrarnos, pero no hasta el punto de decir: 'No hay remedio', sino que tomamos nuevamente energía, y dejamos de desalentarnos. Eso no es lo que quiere el Señor. El Señor quiere que lleguemos al punto de la rendición total.

Versículo 20: *«Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto»*. Así es el alma del hombre, como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto. Y el versículo 21 dice: *«No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos»*.

## Descanso para el alma

Jeremías 6:16 dice: «Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma». «Paraos en los caminos...». La palabra caminos está en plural. Isaías había dicho: «En la multitud de tus caminos te cansaste». Ese es el problema del alma: transita por una multitud de caminos. Y el profeta Jeremías dice: «Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino...». En singular, uno solo es el camino.

No hay muchos caminos, hay un solo camino, el buen camino. Y el profeta dice que cuando lo encuentren, anden por él, «...y hallaréis descanso para vuestra alma». Cuando miramos en el Nuevo Testamento el cumplimiento de esto, leemos en Mateo 11:28-30: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga».

¿Hay alguien que está trabajado y que está oprimido? «Venid a mí», dice Cristo, «los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». ¿Cómo nos hace descansar el Señor? «Llevad mi yugo sobre vosotros...». Es decir, que nuestra alma vuelva a la posición original, deje de ser autosuficiente, deje de ser autónoma. Nuestra alma vuelva a sujetarse al espíritu. El yugo de Cristo sobre nosotros es su espíritu.

Y dice el Señor: «...y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas». Él tomó la cita de Jeremías capítulo 6.

Por lo tanto, según el propio Señor, ¿quién es el buen camino? Él mismo era el buen camino. Cristo es el buen camino. Y llevando su yugo, hallamos descanso para nuestra alma, porque el yugo de Cristo es fácil, y ligera su carga.

Hallamos descanso y reposo, recuperamos el gozo y la alegría, desaparece el sudor, cuando nos enyugamos con Cristo, cuando aprendemos a caminar con él, cuando dejamos que él vaya delante de nosotros, cuando le permitimos que él haga el cien por ciento, cuando nosotros menguamos para que él pueda crecer, para que él lo pueda llenar todo en su casa, para que nosotros volvamos a ser sus siervos, volvamos a ser dóciles a su Espíritu.

Y por último, 2ª Timoteo 2:1: *«Tú, pues, hijo mío, esfuéstrate en la gracia que es en Cristo Jesús»*. Aquí pareciera que hay una contradicción. Pablo le dice a Timoteo: *«Esfuéstrate»*. ¿En qué quedamos? ¿Hay que esforzarse o no hay que esforzarse? Si miramos bien, Pablo le dice a Timoteo: *«Esfuéstrate en la gracia»*. No dice: *«Esfuéstrate en la carne»*. Y esto es una paradoja, porque la gracia es lo opuesto a las obras. Entonces, el verbo 'esforzarse', pareciera que no tiene relación con la gracia. Pero Pablo le dice a Timoteo: *«Esfuéstrate...»*, sí, pero *«...en la gracia que es en Cristo Jesús»*.

Parafraseando este texto, sería más o menos así: *«Esfuéstrate en no hacer nada en la carne; esfuéstrate en que todo lo haga Dios»*. Y, ¿por qué requiere esfuerzo el no hacer nada? Porque nuestra alma siempre está presta a hacer algo, nuestra alma siempre está dispuesta a tomar la iniciativa; nuestra alma no puede estar quieta.

¿Cuál es nuestro mayor problema al momento de orar? Que tenemos un alma que no puede estar quieta ni en silencio. Es así. Apenas queremos estar en la presencia de Dios, sentimos y experimentamos que nuestra alma está activa, llena de ideas, llena de buenas intenciones. Y apenas tratamos de estar quietos, descubrimos que no podemos. Necesitamos un esfuerzo para no hacer nada, porque nuestra tendencia natural es siempre hacer algo.

Así que este texto no contradice lo que hemos dicho, sino que es una paradoja. Esfuérzate en no hacer nada tú; esfuérzate en que todo lo haga Dios. Dios es poderoso para hacer el cien por ciento, y quiere hacerlo a través de ti, sin sudor, sin cansancio, sin quejas, sin frustración, sin desánimo, sino con gozo, con alegría, y en el reposo del Señor. Amén.



OTRAS PUBLICACIONES  
DE EDICIONES «AGUAS VIVAS»

*Stephen Kaung*  
Discipulados a Cristo

*Christian Chen*  
El Misterio de Su Voluntad  
El Eterno Consejo de Dios  
Entrando en las Riquezas de la Palabra  
En Busca de la Excelencia Espiritual

*Eliseo Apablaza*  
Conforme al Modelo  
Consagración y Servicio  
Las Riquezas de Su Gracia  
Los Amigos También Tienen que Morir  
La Buena Tierra

*Rodrigo Abarca*  
Regresando a la Iglesia

*Claudio Ramírez*  
Del Cielo hasta la Tierra (poemas)  
Como el Rocío de Hermón (poemas)  
Bajo la Sombra del Deseado (poemas)

*Varios autores*  
La Visión Celestial  
Mensajes a la Iglesia

